
M. DOMÈNECH y F. J. TIRADO (comps.)
Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad
(Barcelona, Gedisa Editorial, 1998)

Bajo el título de este libro, *Sociología simétrica*, se incluyen dos perspectivas complementarias, la Sociología de la Traducción de Bruno Latour y el enfoque Actor-Red (*Actor-Network Theory*, ANT) de Michel Callon y John Law. Si bien existen leves diferencias entre ambas corrientes, las dos abordan el análisis de la *tecnociencia*, como una malla de interacciones simultáneamente prácticas y significativas cuyo resultado no se describe como efecto de un proceso de negociación social, sino más bien como una lucha de poderes que involucra por igual a agentes humanos y no-humanos. Este último aserto es el que otorga el apelativo de *Sociología simétrica* a la presente compilación en tanto que es el principio de simetría generalizada el emblema epistemoló-

gico de ambas corrientes. Dicho principio supone un *tour de force* sobre el clásico *principio de simetría* enunciado por David Bloor en su *Programa Fuerte en la sociología del conocimiento*, inicialmente en Bloor (1973) y posteriormente en su libro *Knowledge and social imagery* (1976 y 1991). En la formulación definitiva del susodicho *Programa Fuerte* se incluyen los principios de causalidad, imparcialidad, simetría y reflexividad, fundamentos de toda explicación sociológica que pretenda abordar el análisis del conocimiento (científico). El *siguiente paso* que da el enfoque de la ANT supone adoptar una forma de monismo basada en la adjudicación del mismo estatus explicativo a los entes humanos y a los no-humanos, apoyado en la máxima de que la sociedad

no explica mejor que la naturaleza el origen y la forma que adquiere el conocimiento tecnocientífico. De aquí la necesidad epistemológica de asumir dicho principio de simetría generalizada.

Pues bien, la presente compilación de textos presentada por Miquel Domènech y Francisco Javier Tirado nos muestra a algunos de los más conocidos baluartes intelectuales de estas corrientes, las diferentes maneras en las que tejen y edifican tales propuestas y los límites y potencialidades de las mismas. Tres de los investigadores que aquí aparecen son los creadores de tales perspectivas, tal como se ha apuntado anteriormente; Bruno Latour (*La tecnología es la sociedad hecha para que dure* y *De la mediación técnica: filosofía, sociología, genealogía*), Michel Callon (*El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico*) y John Law (*Del poder y sus tácticas. Un enfoque desde la sociología de la ciencia* y, conjunto de estos dos últimos autores, *De los intereses y su transformación. Enrolamiento y contraenrolamiento*) son, además de fundadores e impulsores de este movimiento, columna vertebral de los desarrollos presentes de dicha corriente y sus textos pueden considerarse como seminales de tales propuestas. Junto a ellos, Vicky Singleton y Mike Michael (*Actores-red y ambivalencia. Los médicos de familia en el programa británico de citología de cribaje*) y Nick Lee y Steve Brown (*La alteridad y el actor-red. El continente no descubierto*) representan el avance actual más representativo de este movimiento intelectual. Por último,

los propios compiladores, Miquel Domènech y Francisco Javier Tirado (*Claves para la lectura de textos simétricos*), son una buena muestra de la recepción, introducción y adscripción en nuestro ámbito a lo que ellos denominan *sociología simétrica*. En este sentido, hay que felicitar por el trabajo de edición a los compiladores ya que, entre otros detalles de agradecer para el lector, se encuentra la *acreditación de los textos publicados en el volumen*, lo cual permite conocer la cronología de la publicación original de los textos, gracias a lo cual es posible atisbar la evolución de esta perspectiva.

Entrando en materia, como bien indican Domènech y Tirado, la ANT ha supuesto una revolución dentro de un campo a su vez revolucionario, el de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, ampliado a partir del desarrollo de la sociología del conocimiento científico (SCC) —sobre el surgimiento, desarrollo y evolución de estas áreas, véase Iranzo y Blanco (1999)—. Si para esta última el objetivo es analizar los procesos sociales que alumbran la generación del conocimiento científico, la ANT representa una vuelta de tuerca más a las posibilidades de la SCC, esto es, la ANT es «el intento de describir las diversas maneras en las cuales se construye la verdad» (Crawford, 1993: 250). Cuando se transita por los intrincados textos de este enfoque, la percepción de los mismos es la de un extraño híbrido de teología, filosofía, ontología, semiótica, sociología..., donde se enfatiza la importancia de los textos y de las inscripciones científicas y no científicas. Su aspiración

es mostrar que cualquier diferencia entre el conocimiento científico y cualquier otra forma de conocimiento tiene su origen en la escala y la disciplina con que se ejecutan las prácticas más ordinarias y mundanas del conocimiento cotidiano; y, aún más, nada particularmente diferente a lo que acontece en la vida corriente es lo que ocurre dentro del laboratorio, contemplado éste tradicionalmente como espacio reservado al trabajo científico. ¿Cómo consolidar tales afirmaciones? Ni más ni menos que considerando el conocimiento científico como una extensión *cuantitativa* de la acción pragmática fundamentada en la dinámica de un modelo *agonístico* de la realidad. Dicho de otro modo, para la ANT *la ciencia es retórica social*. Es social en el sentido que implica a actores, roles y apariencias, y es retórica en tanto que persigue persuadir a los otros de la correcta posición en la que se encuentra uno mismo. Para expresarlo de una manera más contundente, la *ciencia es retórica* para obtener una ventaja sobre los otros y de esta guisa adquirir prestigio, estatus, riqueza, etc. El éxito de la ciencia radica en la manera sistemática en que se somete a cualesquiera materialidades a todo tipo de pruebas y registra meticulosamente los efectos regulares que pueden ser reproducidos en otra localización. Reproducibilidad y transmisibilidad —o, como señala Latour, la producción de móviles inmutables— son las prácticas centrales de la persuasión de los textos e ilustraciones científicas.

El arco temático de los escritos seleccionados recorre sobre todos los temas más tradicionales en los estu-

dios sociales de la ciencia. Punto común es la comprensión del trabajo y de la práctica mundana que conforman la producción de los hechos científicos y el espacio donde esto se produce, esto es, el laboratorio. Éste resulta ser el lugar en el cual el objetivo principal es la producción de *documentos* y donde se revela el frágil carácter epistemológico de las sustancias manejadas en dicho lugar, las cuales adquieren su estatus como sustancias legítimas, y de esta manera como elementos de la *realidad*, sólo a través de los procedimientos y constreñimientos diseñados para permitir su inscripción y documentación y, por ende, su consideración como conocimiento científico. Como en los juicios legales, la legitimidad de un juicio epistemológico descansa en la aportación de pruebas e indicios documentales que *representan satisfactoriamente* al objeto de debate: *los hechos*. En último extremo, el gradiente de poder entre ciencia y el resto, entre los científicos y los otros, descansa en la posesión de *laboratorios*. De hecho, los *laboratorios* son un importante *leit motiv* del trabajo de esta perspectiva, persiguiéndose dos objetivos: en primer lugar, el seguimiento e investigación del enorme poder de los laboratorios científicos y la recreación o construcción del mundo que éstos permiten. Y, en segundo lugar, el desvelamiento de la naturaleza precisa de los intentos, incluyendo el del propio analista, de deconstruir tal poder, tal como muestran los diferentes textos del presente volumen.

La mejor muestra del primero de los objetivos se encuentra en los trabajos de Latour sobre Pasteur

(Latour, 1988 y 1994). Pasteur, en opinión de Latour, consigue extender su laboratorio al mundo y de esta manera romper con la frontera dentro/fuera. Por ello, Latour afirma dramáticamente que el mundo real se ha convertido en un laboratorio. En este caso, Latour va más allá del prejuicio «textual» inicial, al teorizar el laboratorio como la aplicación de una tecnología de inscripción generalizada, algo que sobrepasa con creces la simple producción de documentos escritos. Tales documentos no son sino ejemplos de lo que Latour denomina *móviles inmutables* —objetos móviles, estables y combinables que pueden desplazarse y manipularse sin alterar sus características esenciales—. Es por ello que, enlazando con este referente, en su trabajo *Ciencia en acción*, Latour equipara el proceso de generación del conocimiento científico a un *ciclo de acumulación*, esto es, *de expansión*. Este crecimiento precisa de la capacidad de actuar a distancia, lo que implica hacerse reconocer como el legítimo representante de los objetos en disputa, esquivar a los posibles disidentes y abrumarlos con pruebas visuales.

En último extremo, la esencia de la organización del conocimiento científico es el poder para construir laboratorios —esto es, construir redes a través de las cuales fluyen, se recopilan y se comparan materiales, prácticas y conocimientos—. Esta noción extensa de laboratorio es denominada por Latour *centro de cálculo*. Los *centros de cálculo* son relacionales (se necesitan al menos dos para garantizar su eficacia: el que establece un estándar cuantitativo o nominal y el que lo

extiende para catalogar, describir o explicar porciones desconocidas de realidad). Su establecimiento se efectúa por medio de gradientes de fuerza subsistentes entre ellos. Latour también añade que el reverso de tales líneas de fuerza no es simplemente lineal, sino exponencial. Los documentos y las inscripciones no se ensamblan ni se comparan tal cual, se convierten en cascada, se aceleran, se hacen circular más y más rápido a través de la red. De hecho, el movimiento de las ciencias empíricas a las ciencias teóricas es simplemente el movimiento de los *móviles inmutables* más lentos a los más rápidos.

Esta primera fase de fundamentación de este enfoque puede ser observada como una «forma de crítica ideológica» (Koch, 1995). Es una muestra de la extensión de los sistemas y de las prácticas de dominación; «sin embargo, al concebir los centros de cálculo como lugares que promueven el desplazamiento acelerado de inscripciones, Latour es capaz de describir la enorme escala de los efectos de la ciencia sin buscar a la vez causas más amplias tales como la emergencia de las visiones de los mundos, la racionalidad occidental, etc.» (Koch, 1995: 326-327).

El siguiente paso será introducir el papel de las teorías científicas en la construcción de las redes y en la formación de los centros de cálculo. Para la ANT, la ciencia no hay que relacionarla con lo social; todo lo contrario, la ANT quiere alterar el término explicación social. La ciencia es social, lo cual entraña, evidentemente, una extensión de la noción de *lo social*. Esta empresa se plantea leer el

texto científico como un texto, o más concretamente como un *constructo semiótico*, esto es, algo generado a partir de los signos y de sus relaciones. Esta empresa transporta a la ANT a un proceso de deconstrucción histórica cuyo punto inicial está situado en el siglo XVII, en la polémica entre Robert Boyle y Thomas Hobbes en torno al proceso y significado del conocimiento científico. Este acontecimiento histórico concreto representa para la ANT, y para Latour en concreto, el surgimiento de la modernidad, o, lo que es lo mismo, el establecimiento de la gran bifurcación naturaleza/sociedad, de la cual todos somos herederos, excepto, ¿cómo no!, Monsieur Latour.

El análisis de la modernidad es una empresa afrontada, fundamentalmente, por uno de los componentes más activos de este enfoque, Bruno Latour (1993), y para éste la definición de modernidad está enmarcada por tres principios básicos. Sin que presuponga su orden la importancia de los mismos, éstos son: la dominación científica de la naturaleza, la emancipación política de la humanidad y el mantenimiento de una estricta división entre estas dos actividades. El mundo moderno, tal como lo concibe Latour, emergió cuando el dominio del conocimiento se dividió entre el *conocimiento de la gente* y el *conocimiento de las cosas*, tal como lo representa el excelente trabajo de Shapin y Schaffer (1985), en el cual Thomas Hobbes es presentado como representante de la política, esto es, del conocimiento de la gente, y, frente a él, Robert Boyle emergerá como el representante de la ciencia, esto es, del conocimiento de

las cosas. En su enfrentamiento se condensa la bifurcación a la que hace mención Latour. Este hecho supone para la herencia a la que nos debemos, que la representación (conocimiento) científica de las cosas no debe mezclarse con la representación (conocimiento) política de la gente. De lo contrario, se establecería una intolerable confusión entre ciencia y política, entre hechos, valores, conocimiento y poder. Ésta es la razón por la que el tercer principio básico de la modernidad, el mantenimiento de una estricta división entre ciencia y sociedad, es esencial para el éxito de los otros dos. Estos tres principios fundacionales conjuntamente permiten distinguir la cultura occidental *moderna* de cualquier otra cultura posible. Tales principios nos permiten diferenciarnos de *ellos* y del *entonces*, y este proceso de diferenciación genera la moderna idea de progreso científico y progreso político que se plasma en las *constituciones modernas*.

De acuerdo con la doctrina inserta en toda *constitución moderna*, la naturaleza es trascendente, esto es, las leyes universales y objetivamente cognoscibles de la naturaleza son independientes de nuestras capacidades controladoras. Pero resulta también que la naturaleza se construye permanentemente en los laboratorios y se moviliza de acuerdo con una variedad de propuestas. Esta paradoja de una naturaleza trascendente y construida a la vez es la primera garantía del éxito de la constitución moderna. Por otro lado, la sociedad es inmanente: es construcción propia, creada por la gente que actúa libremente. Pero el *núcleo duro* de la sociología nos ense-

ña que la sociedad está más allá de nuestro control, la sociedad genera los límites de nuestra libertad individual de acción. Esta paradoja de una suave pero resistente sociedad es la segunda garantía para el éxito de la constitución moderna. Y ambas garantías están cubiertas, de acuerdo con Latour, por una tercera garantía. Los modernos insisten en que naturaleza y sociedad son completamente diferentes, pero, al mismo tiempo, éstos movilizan humanos y no-humanos en la creación de redes estables, aunque híbridas, de *cultura-naturaleza*. Sólo este tipo de garantías permiten el éxito de la modernidad. Los modernos pretenden ser capaces de analizar e interpretar cualquier situación; en última instancia, de estar siempre en lo cierto y de ser inmejorables.

Ante esta situación, la opción de Latour es la de declararse *no-moderno o, simplemente, a-moderno* (Latour, 1990). Latour da por supuesto que ni los objetos naturales ni los sujetos sociales han sido siempre simple y exclusivamente reales, sociales o discursivos. Más bien, son híbridos que circulan en redes de traducción y de mediación, mientras los modernos intentan purificarlos de tales cualidades híbridas y localizarlos y fijarlos en uno de los posibles polos sujeto/objeto. Para Latour, los híbridos siempre han estado ahí, no sólo en el mundo pre-moderno, sino también bajo la constitución moderna donde han sido negados sistemáticamente por el continuo proceso de purificación. Sin embargo, no es posible ninguna interacción social —digamos, entre entidades de las que puede predicarse consensuadamente que poseen un

encéfalo—, sin tomar en cuenta la mecánica de los cuerpos fisiológicos que intermedian dichas relaciones y las técnicas psicofísicas o psicoquímicas que aquéllos deben dominar para instrumentarlos. Del mismo modo, no podemos *hablar* de naturalezas ni de tecnologías sin mencionar la organización social, las competencias profesionales, la invención de lenguajes y de medios de inscripción que nos las hacen aprehensibles e inteligibles de forma operativa, como algo más que una barahúnda incesante de sucesos amorfos. No obstante, los modernos se caracterizan precisamente por ignorar en sus narrativas esta imbricación o mestizaje. La purificación que logran les hace parecer puritanos dualistas cuando lo que son es oportunistas sin escrúpulos.

Resultado de ese proceso también habría que considerar el establecimiento de las grandes divisiones naturaleza/cultura y poder/conocimiento. Latour rechaza definitivamente reducir los objetos del conocimiento (humanos o no-humanos) a política, a cosas o a discurso. Antes bien, insiste en verlos compuestos, lo que él llama (siguiendo a su mentor Michel Serres) *cuasi-objetos/cuasi-sujetos*. Bajo la constitución moderna esos *cuasi-objetos/cuasi-sujetos* se aíslan, se purifican y se dejan fuera en conjuntos cuidadosamente definidos de acuerdo con unas ciertas categorías, mientras proliferan los híbridos. No es de extrañar, por tanto, que el fin último de la filosofía política latouriana es que la formulación de una *constitución a-moderna* cree una democracia liberal que extienda el sufragio a los no-humanos. En su *parlamento de las*

cosas, humanos y no-humanos deben avenirse a una compleja comprensión de las mediaciones producidas por la delegación —y no exclusivamente la representada por el gobierno representativo de Hobbes, sino también la delegación de los no-humanos de la autoridad de sus representantes—. Por ejemplo, el agujero en la capa de ozono no es simplemente un fenómeno natural socialmente construido y discursivo, también representa las necesidades y deseos de elementos significativos en el mundo no-humano. Desde esta perspectiva, Latour articula y enfatiza los nexos o *asociaciones* entre *actantes* (concepto proveniente de la semiótica y utilizado para definir las entidades activas en los textos o en el mundo, bien de persuasión humana o no-humana), y esto no es sociología, sino *a-sociología*: lo que cuenta es *producir asociaciones*, esto es, redes, y de lo que se trata para esta perspectiva es de analizar su dinámica. Latour pone cabeza abajo la propuesta metodológica cartesiana de análisis-síntesis, que subyace tanto a Hobbes como a Boyle, y sostiene que cualquier entidad es (potencialmente) reducible a partes más simples o irreducible como componente de un entramado más complejo. Todo depende de la capacidad de las prácticas disponibles en una tradición de investigación, o las que puedan innovarse, para aislarlo, conservarlo íntegro o fragmentarlo a voluntad.

En suma, tan sólo queda alentar la atenta lectura de este libro, que muestra el amplio abanico de posibilidades de la así denominada por los compiladores *sociología simétrica*, cuya importancia en la teoría social de la

ciencia y la tecnología es cada día mayor y, sin lugar a dudas, está llamada a convertirse en *punto* entre el especializado ámbito de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología y la teoría sociológica más general.

Referencias bibliográficas

- BLOOR, D. (1973): «Wittgenstein and Mannheim on sociology of mathematics», *Studies in History and Philosophy of Science*, 4: 173-191. [Traducción española: «Wittgenstein y Mannheim sobre la sociología de las matemáticas», en Iranzo *et al.* (comps.), *Sociología de la ciencia y la tecnología*, Madrid, CSIC, 1995.]
- (1976): *Knowledge and social imagery*, London, Routledge and Kegan Paul.
- (1991): *Knowledge and social imagery* (Second edition), Chicago, The University of Chicago Press. [Traducción española: *Conocimiento e imaginario social*, Barcelona, Gedisa, 1998.]
- CRAWFORD, T. H. (1993): «An interview with Bruno Latour», *Configurations*, 1: 247-269.
- IRANZO, J. M., y BLANCO, J. R. (1999): *Sociología del conocimiento científico*, Madrid, CIS-UPNA.
- KOCH, R. (1995): «The case of Latour», *Configurations*, 3: 319-347.
- LATOUR, B. (1988): *The pasteurization of France, followed by Irreductions*, Cambridge (USA), Harvard University Press.
- (1990): «Postmodern? No, simply amodern! Steps towards an anthropology of science», *Studies in the History and Philosophy of Science*, 21: 145-171.
- (1993): *Nunca hemos sido modernos*, Madrid, Debate.
- (1994): *Louis Pasteur, une science, un style, un siècle*, París, Perrin.
- SHAPIN, S., y SCHAFFER, S. (1985): *Leviathan and the air pump: Hobbes, Boyle and the experimental life*, Princeton, Princeton University Press.

R. BLANCO y J. M. IRANZO

PIERPAOLO DONATI

Manuale di sociologia della famiglia

(Roma-Bari, Editorial Laterza, 1998)

Pierpaolo Donati, profesor ordinario de Sociología de la Universidad de Bolonia y Presidente de la Asociación Italiana de Sociología, aborda en esta obra el concepto de familia a partir de cuatro preguntas fundamentales: *¿Por qué existe la familia? ¿Cómo se organiza? ¿Cómo cambia? ¿Cuál es el futuro de la familia?* A cada uno de estos interrogantes les precede una cuestión preliminar alusiva a la naturaleza del fenómeno familiar. Según Donati, la familia debe ser considerada desde un punto de vista interno, y no externo. Esto comporta observar los fenómenos sociales a partir de las conexiones, los significados y los efectos que producen en el interior de la familia, y no, al contrario, observar la familia desde el sentido que puede tener para los diversos subsistemas sociales.

La cuestión preliminar que Donati plantea es la siguiente: *¿Qué es (qué significa hacer) familia?* Formulado así, el tema a resaltar es que la existencia de la familia imprescindiblemente está ligada a un modo de hacer y obrar en sentido familiar, es decir, una «*praxis social*» de tipo relacional. Dicho en otros términos, para el sociólogo italiano no se está en familia con la sociedad, sino que se está en sociedad con la familia; el sentido familia siempre media el obrar social.

La originalidad de esta posición radica en el cambio de perspectiva con respecto a la tradicional sociología de la familia. La cuestión, más que aludir al qué cosa, alude al cómo se observa qué cosa. Para Donati, el

cómo es la relación. Con posterioridad, a partir de la subdivisión analítica de la relación en una dimensión estructural (de ligamen) y en una dimensión simbólica (de referencia), la familia es considerada no como un concepto reducible a una única y conclusiva definición, sino como una realidad que puede una y otra vez ser diversamente semantizada. Uno de los objetivos de esta obra es diseñar los significados fundamentales y los efectos estructurales de la moderna praxis familiar.

Al abordar la familia, Donati siempre mantiene una confrontación con el paradigma sistémico-funcionalista de Niklas Luhmann. Para este último, preguntarse por la familia no equivale al interrogante *¿qué significa hacer familia?*, sino *¿cómo es posible la familia?* El paradigma sistémico-funcionalista, al igual que el relacional, se opone a la hipóstasis del fenómeno familiar, pero los efectos que produce son diferentes. Según Donati, la familia, en cuanto tipo particular de praxis social, posee una sustancia propia que, en el fondo, es ser una relación social plena, es decir, un fenómeno social total, supraindividual y suprafuncional, fundado en la plena reciprocidad entre géneros y generaciones e identificado por el código simbólico del amor.

Para Donati, todas estas connotaciones fundan la familia como fenómeno social *sui generis*, al mismo tiempo original y originario, y como relación primordial tanto en sentido

filogenético como *ontogenético*. En líneas generales, el sociólogo de Bolo-
nia comparte el planteamiento del
antropólogo francés Claude Lévi-
Strauss, para el que la familia es una
especie de ley social. Según Lévi-
Strauss, la sociedad debe amoldarse a
la familia y otorgarle el reconocimien-
to más amplio, de igual forma que el
hombre se amolda a las leyes de la
naturaleza para obtener unas mayores
ventajas de ella. A partir de esta afir-
mación, la praxis familiar se presenta,
según Donati, como aquel modo de
ser y de hacer lo social que es la pre-
misa de posibilidad de toda sociedad.
Cuando Donati sostiene el carácter
primordial del fenómeno familiar,
denunciando las utopías que desde
Platón han fundado la sociedad en la
negación de la familia en cuanto tal,
el objetivo de la definición es éste:
*asumir la familia como requisito prime-
ro y fundamental respecto a las posterio-
res posibilidades de hacer sociedad.*

Una manifestación de todo esto es
la capacidad de adaptación que la
familia ha demostrado en sentido his-
tórico-evolutivo. Lo que ha permitido
a la estructura familiar ser flexible y
resistente a los efectos ambientales ha
sido su capacidad de introducir las
transformaciones externas en el inte-
rior de las relaciones de reciprocidad
que gobiernan las relaciones familia-
res. Ciertamente, la familia ha expe-
rimentado a lo largo de la historia
profundas transformaciones, y en la
actualidad está ante una seria crisis;
pero para Donati la familia se consti-
tuye como aquel lugar en el que es
posible afrontar los problemas socia-
les mediante la reciprocidad de las
relaciones enmarcadas en el cuidado y

la autoridad, en el don (en sentido
maussiano) y en el amor (como
medio simbólico generalizado de
referencia). Cuando se habla de evo-
lución, o se diseñan taxonomías que
deberían demostrar los nuevos cam-
bios en los modelos familiares domi-
nantes, el punto de partida es la
siguiente presuposición: *cambia la
esencia de la misma familia*. Para
Donati, esto es un error. La familia
puede cambiar de forma, puede sufrir
lo que Donati llama, tomando el tér-
mino de la teoría realista de Margaret
Archer, *morfogénesis familiar*; pero
todo esto sucede en el interior de los
mismos principios que inspiran el
comportamiento familiar y que pro-
mueven las diferentes formas de hacer
familia. Por tanto, no se confunden
las diversas posibilidades de obrar en
sentido familiar con la sustancia de la
familia en cuanto tal.

Niklas Luhmann plantea una tesis
diferente. La forma social familiar
está sometida a fases evolutivas que
transforman tanto sus funciones
como sus estructuras. En primer
lugar, en cuanto sistema de comuni-
cación, la familia está caracterizada
por un propio primado funcional;
éste coincide con la orientación a la
totalidad de la persona mediante la
obligación de la comunicación. Para
Luhmann, obligación de la comuni-
cación significa que en la familia todo
puede ser hecho objeto de comunica-
ción y que *«no se puede no comunicar»*
(también el silencio es comunica-
ción). La densidad comunicativa que
esta situación genera en la interacción
familiar es causa de una elevada ten-
sión psicológica, que es típica de las
familias modernas. Pero esto, según

Luhmann, también es lo que conviene a la familia en el modelo de una sociedad que ya no existe, de una sociedad en la que la persona está incluida totalmente. La forma de la reintroducción, en la familia, es realizada directamente por las personas entendidas como puntos de referencia de la comunicación. Cuando se está dispuesto a aceptar una situación en la que el propio comportamiento, interior como exterior, es objeto de comunicación, entonces, dice Luhmann, se está dispuesto para el matrimonio. Sin embargo, en cuanto parte de la sociedad, la familia pierde su rol tradicional de subsistema social. Según Luhmann, las familias de hoy ya no realizan funciones relevantes dentro del sistema social de referencia y, en consecuencia, no pueden ser consideradas un efectivo agente de socialización. La socialización, dice Luhmann, se realiza en cualquier lugar donde exista la posibilidad de aprender un sentido y las expectativas a partir de la interacción recíproca. Los subsistemas sociales, así como se han diferenciado en el curso de los cuatro últimos siglos, incluyen personas según principios universales y según competencias técnicas. De esta manera se es ciudadano por derecho y profesional por experiencia, mientras que el *Welfare State* se impone como garante de la inclusión de nuevas prestaciones para resarcir los daños producidos por las desigualdades generadas por la inclusión. En una sociedad funcionalmente diferenciada como ésta, la familia pierde el rol decisivo que había mantenido en los sistemas estratificados y se reduce a mera interacción social.

A los planteamientos luhmannianos, Donati responde considerando la familia como grupo-institución social de tipo primordial. En cuanto grupo, la familia constituye una formación social con su propia estructura, su propia organización y una serie de funciones en las que está especializada; en cuanto institución, la familia representa un subsistema social de vital importancia, incluido en el más amplio sistema social del que es parte integrante. Las formas en que se realiza tal primordialidad cambian en el tiempo a lo largo de tres directrices fundamentales: la distinción humano/no humano, la distinción naturaleza/cultura y la distinción público/privado.

La familia siempre actúa como sujeto de mediación entre los extremos de estas distinciones, pero a lo largo de la época moderna la naturaleza social de esta mediación sufre un proceso de morfogénesis paralelo al que atraviesa toda la sociedad en cuanto sistema social. Sin embargo, lo que no cambia es la prioridad de la mediación familiar a lo largo de las tres distinciones directrices anteriormente señaladas. Según Donati, defender la caída de las funciones familiares o la posible desaparición de la familia en cuanto tal equivale a no comprender que la familia tiene una sustancia que no puede desaparecer. El que la familia pierda la función de inclusión, que antes realizaba en las sociedades estratificadas, no legitima al sociólogo para negar a la familia cualquier forma de mediación, tanto más en cuanto que está obligado a reconocer que las estructuras sociales han cambiado profundamente respecto a la pasada estratificación. Las investigaciones empíricas demuestran

que, actualmente, el tejido familiar-parentela desempeña una importancia fundamental en la determinación de las posibilidades de éxito o fracaso de las nuevas generaciones tanto en el subsistema educativo como en el subsistema económico. Incluso en el subsistema político-social, ya que el modelo clásico de *welfare* sólo reconoce los derechos de asistencia a partir de la productividad laboral. Por tanto, el tejido de las relaciones primarias que sostiene y guía a las personas es vital no sólo para comprender cuáles son las condiciones del bienestar (social, y no sólo material o psicológico) en las sociedades actuales, también para explicar las causas de las constantes formas de desigualdad social.

De este modo se ubican en primer plano las diversas formas de mediación familiar y sus relativas paradojas sociales. En la familia se interseccionan al menos tres formas fundamentales de mediación: entre géneros, entre generaciones y la propiamente familiar, o de parentela. Si antes de la modernidad la familia era la que atravesaba la sociedad, en la actualidad, según Donati, es la sociedad la que atraviesa la familia. Esto significa que si en el pasado la propia forma de estar en la sociedad estaba condicionada por la pertenencia familiar, en la actualidad es el propio modo de estar en la familia el que es condicionado por la sociedad. La familia, en cuanto sistema de relaciones particulares, siempre está obligada a orientarse a los ambientes sociales de los que depende y a reintroducir tal dependencia en el interior de las propias mediaciones. Emerge aquella que Donati llama, cambiando un término

típico de la teoría de sistemas, *familia autopoietica*. En su interior no solamente se reproducen comunicaciones, sino más bien relaciones. Éstas se fundamentan en la norma de la reciprocidad y están orientadas al *medium* simbólico del amor. En consecuencia, la familia se presenta como el único espacio social en el que los desafíos de los subsistemas pueden ser comprendidos en términos de reciprocidad y de mediaciones familiares.

Por un lado, esto significa respetar ciertos vínculos; por otro, gozar de determinados recursos. Las posibilidades de releer los propios planteamientos sociales en términos «*familiares*» aparecen como un hecho discriminante para la capacidad de adaptación y para el bienestar de la singular persona. Tener una familia, según Donati, aparece como un hecho vital para los fines de la realización personal y para la creación de una buena vida civil.

Estos motivos implican necesariamente una perspectiva diferente de las tradicionales. En concreto, cambia el sentido de la socialización familiar. La familia se presenta como sujeto de socialización si y en cuanto es ante todo sujeto de mediaciones sociales. En una sociedad compleja, este proceso está cargado de paradojas. Donati se centra especialmente en tres: la paradoja de la privatización, la paradoja de la individualización y la paradoja de la desculturación.

La primera contempla la familia como objeto público creciente por parte del subsistema político y jurídico, contemporáneamente a su creciente connotación en términos de intimidad narcisista, consumista, dramatur-

gica o simplemente afectivo-sentimental. La segunda paradoja observa la familia como esfera de mediación entre los empujes individualistas y las instancias socializadoras realizadas por subsistemas sociales no familiares. La tercera paradoja alude a las nuevas formas de naturalización y culturación de la familia contemporánea, tratando de encontrar en esta última la unidad simbólica y relacional de naturaleza y cultura.

Para Donati, sólo es posible salir de estas paradojas asumiendo una perspectiva relacional. Se trata de comprender el carácter suprafuncional (y no simplemente multifuncional) de las relaciones en general, y de las relaciones familiares en particular. La familia es entendida como aquel sistema de relaciones cuya función de mediación es insustituible en una sociedad compleja. La no existencia de sucedáneos para estas mediaciones, que Donati también define como matiz civilizador de la sociedad, es lo que caracteriza a la familia como grupo institución social fundamental.

No se puede comprender el sentido total de la mediación si no se considera la trilogía que Donati establece entre las nuevas mediaciones, la nueva subjetividad y la nueva ciudadanía de

la familia contemporánea. Estos tres aspectos constituyen los fundamentos de las posibilidades de diálogo sobre la sociedad civil por parte de todos los subsistemas sociales. En este diálogo se incluyen los temas referentes a políticas sociales y ciudadanía familiar, las relaciones recíprocas Familia-Estado-Mercado y Tercer Sector, las normas jurídicas y los derechos relacionales. Se traza un equilibrio que, aun reconociendo las crisis de muchos subsectores sociales, familia incluida, relanza a la familia como sujeto social de importancia prioritaria. Al hacer esto, Donati invita a un planteamiento sociológico que contemple a la sociedad desde la familia, y no al contrario. Desarrollar este cambio implica caminar en la dirección de una sociedad «*de dimensiones familiares*» y no, simplemente, en la dirección de una familia «*de dimensiones sociales*». También de esto depende comprender la complejidad fenoménica de una sociedad que se hace más relacional, es decir, una sociedad cuyo destino no sólo depende de ligámenes estructurales impuestos por los subsistemas sociales, sino del sentido simbólico que las relaciones atribuyen a la realidad.

Manuel HERRERA GÓMEZ

RAMÓN RAMOS TORRE

La sociología de Émile Durkheim. Patología social, tiempo, religión
(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999)

Posiblemente, el mejor conocedor en nuestro país de la obra de Durkheim recopila aquí trabajos sobre el

sociólogo francés que se encontraban dispersos tanto en el tiempo, acercándose a los dos decenios la diferencia

entre la fecha de publicación del más antiguo y la del más reciente, como en el espacio o el género, pues se constituyeron como prólogos, estudios previos, introducciones o, la mayoría, como artículos. Así que nos encontramos ante la posibilidad de una visión retrospectiva de un conjunto de trabajos insertos ya en la lógica de analizar e interpretar lo que se hizo. En este caso, lo que escribió Durkheim.

La obra se estructura en cuatro partes. La primera recoge la extensa introducción que Ramos hizo para *El Socialismo*¹. Tiene por principal función servir de ancla histórica del conjunto de la obra de Durkheim, resaltando la implicación política que tuvo. Implicación que atraviesa completamente el nacimiento institucional de la sociología moderna, si es que puede concebirse una sociología anterior a ésta. El proyecto de institucionalización de la sociología forma parte de un proyecto político que, en el caso del Durkheim de la Francia de finales del siglo XIX, se articula con el proyecto republicano.

El problema del tiempo en la sociología durkheimiana ocupa la segunda parte. Lo hace sobre los tres artículos dedicados a la cuestión en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* entre 1989 y 1990. La cuarta se centra en *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*, la última gran monografía de Durkheim, que, a pesar de las iluminadoras críticas a sus limitaciones que le dedica Ramos, tanto en esta parte como en la anterior, sigue

estando en el centro de numerosos debates de las ciencias sociales. Para ello, Ramos recupera el estudio preliminar de la edición que realizó Akal² y el texto con el que participó en el homenaje al profesor Rodríguez Zúñiga³. La última parte está dedicada al análisis de *El Suicidio* con los trabajos de Ramos más recientes sobre el autor francés. Con ella, lo que se abre en clave macropolítica, sobre la relación de la sociología de Durkheim con un proyecto de Estado, se cierra con guiños de interpretación micropolítica, si se permite el concepto: la presente en el interior de la tradición sociológica, especialmente académica, que mantiene como referencial una monografía abundantemente criticada; y la micropolítica de las relaciones entre los géneros, donde se dibuja un Durkheim con enormes dificultades para observar a la mujer. Si en el repaso que Ramos hace de la obra de Durkheim casi siempre es posible encontrar algún punto de apoyo capaz de lanzar al autor desde su momento histórico a los actuales debates en la disciplina, en la forma de enfocar a la mujer el experto durkheimiano muestra uno de los rasgos del trabajo del sociólogo francés menos presentable. ¿Hasta qué punto la incompatibilidad de la sociología durkheimiana con las mujeres, en palabras de Besnard, contamina el resto de ésta y, por ende, una de las tradiciones centrales en la disciplina? Para Ramos, la sociología

² É. DURKHEIM, *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*, Madrid, Akal, 1982.

³ VV.AA., *Escritos de Teoría Sociológica en Homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, Madrid, CIS, 1992.

¹ É. DURKHEIM, *El Socialismo*, Madrid, Editora Nacional, 1982.

patriarcal de Durkheim es un punto ciego, entre otros puntos ciegos, que, más que para condenar injustamente al autor desde un tiempo que no es el suyo, ha de servir de instrumento para explicar lo que vio.

Salvo algún pequeño maquillaje, como cambiar lo que originariamente eran números romanos por subtítulos o ladillos en la subdivisión interior de los textos, éstos apenas han sido retocados. Nada en lo sustancial, facilitando la referida mirada retrospectiva. Sin embargo, así, unidos, se muestran conjuntamente las raíces, el mapa y la aventura de la obra de Ramos dedicada a Durkheim. Su ceguera, necesariamente existente siguiendo al propio autor, es un bastón que todavía guía consistentemente a quienes se acercan al sociólogo que puede considerarse fundador institucional de la disciplina.

La cuádruple estrategia para el análisis de un autor la propone el propio Ramos: 1) establecimiento de las raíces o ubicación de partida del autor; 2) definición del mapa o búsqueda de la unidad sistémica de la obra, de lo que se constituye en motor de la misma, explicando el fin último del conjunto de la obra de un autor, que en Durkheim se sitúa en la demostración de su concepción de la sociedad como realidad moral; 3) destacar las invitaciones a la aventura, derivadas de los paseos nómadas que permite el autor cuando se inserta por los territorios periféricos de su mapa, que en la sociología durkheimiana se encuentran preferentemente en *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*: los apuntes para una sociología del conocimiento, una sociología del tiempo o

una sociología del espacio; 4) señalar, a modo de balizas, las cegueras existentes en todo autor, pues nadie puede verlo todo, pudiéndose discutir si lo que se ve encuentra su alimento en lo que no se ve. ¿Las balizas de Durkheim le permiten caer en abismos que hubieran modificado radicalmente el conjunto de su obra? Como puede observarse, pregunta estrechamente relacionada con la hecha unas líneas antes. No obstante, el privilegio del profundo observador externo es ver lo que el autor analizado no pudo ver, explicar el porqué y qué consecuencias tienen los puntos ciegos sobre el conjunto de la obra. Es a lo que nos acerca *La sociología de Émile Durkheim*.

La propuesta de Ramos es una magistral lección de cómo abordar un clásico. La cuádruple división es una potente máquina analítica, capaz de integrar perspectivas dobles, como la explicación de las cegueras desde las raíces, el mapa o aventuras, o, generalizando, cualquiera de las estrategias desde las restantes. Así, hasta completar la matriz analítica.

El privilegio del observador externo, paradójicamente uno de los principios durkheimianos (p. 205), es especialmente asumido por Ramos en el análisis de *Las Formas*. Al corregir el recuerdo —lo que llamaríamos *flashback* en términos cinematográficos— de Durkheim sobre la génesis de su interés por la religión, hasta constituir la en fundamento de la vida social, se establece un reto, el del experto que conoce al autor mejor que él mismo, que incluso le enmienda en algunos deslices, como la pretendida gran influencia de Robertson

Smith. El trabajo de Ramos adquiere entonces las características de una novela negra destinada a desvelar el «error» de Durkheim en un texto autobiográfico de 1907. Este «error» no es el único. Puede calificarse de anecdótico desde la comparación con otros de mayor calado. Así, Ramos no cree en el proyecto durkheimiano de una epistemología sociológica. Entrando en debates actuales, se subraya cómo la sociología no puede explicar el cómo del saber. A lo sumo, puede dar cuenta del error o de los aspectos que apoyan el saber. Es lo que hace esta obra al explicar el reduccionismo sociológico de Durkheim, que le lleva a fracasar en la concepción sociológica del tiempo, y cómo éste da por conseguida su epistemología sociológica. Un doble error por encontrarse tanto en los fines como en la positiva evaluación de los mismos.

La posibilidad de una concepción sociológica del tiempo es otra de las preocupaciones de Ramos, que ha sido reflejada tanto en una recopilación⁴ como en una investigación empírica en la que se constata la desigual distribución del tiempo entre los géneros⁵. Ello le ha llevado a preguntarse por el lugar de esta concepción en la obra de Durkheim. Pregunta que, en una especie de rodeo por los lugares aparentemente periféricos del mapa del autor, le conduce al centro de las limitaciones, a observar cómo el mismo mapa durkhei-

miano se quiebra. Lejos de una concepción unidireccional, propia del camino de quien se guía por un mapa, el tiempo flota en tres fluctuantes concepciones a lo largo de la obra del francés: modernizador, evolutivo y, especialmente en relación con el calendario, cíclico. Con razón se critica la reducción que Durkheim hace del tiempo a lo sociológico y, aún más, al calendario. Una reducción que ha pesado sobre los sucesivos intentos sociológicos de abordar esta categoría. Así, en el análisis de las posibilidades de una sociología del tiempo, Ramos va más allá de Durkheim.

Si, como se presenta, Durkheim no encontró en la categoría de tiempo un cómodo elemento con el que definir su mapa, ¿por qué el empeño en hacer del tiempo una categoría exclusivamente sociológica? Son tres las respuestas que se ofrecen: 1) la preocupación por el tiempo en la sociedad de fin de siglo convirtió en un reto para la institucionalización de la sociología una solución en términos sociológico-científico-positivistas; 2) la constitución del tiempo como un punto estratégico en la demostración de que el conocimiento se puede explicar sociológicamente; y 3) la progresiva admisión del tiempo como un hilo conductor de los debates internos en el grupo del *Année*, posiblemente un hilo considerado tan importante como para servir para la discusión interna, como relativamente inofensivo para la supervivencia del propio grupo, debiéndose tener en cuenta el constante peligro de escisión que pesa sobre esta clase de grupos cuando surgen algunas diferen-

⁴ R. RAMOS, *Tiempo y Sociedad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992.

⁵ R. RAMOS, *Cronos Dividido*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1990.

cias conceptuales, como muestra la coetánea experiencia de Freud y los frecuentes y casi escandalosos abandonos que se producían en *su* grupo. A todo ello hay que añadir que Durkheim no dudó de su triunfo en tal empeño de dejar el tiempo bajo la exclusiva explicación sociológica.

En la parte (IV) dedicada a *El Suicidio* se presta especial atención al análisis de una de las lagunas (Pope) de Durkheim: la variable género. Algunas afirmaciones destacan por su rotundidad, como la ya expuesta sobre la ceguera que ve, por la que Durkheim habría basado su obra sobre la falta de sensibilidad hacia la mujer, no viéndola más que como un fósil evolutivo o un ser presocial. Durkheim ve con la mirada excluyente de los varones de su época, realmente no viendo a las mujeres; pero de ahí a que el conjunto de las conclusiones de *El Suicidio* en particular o de la sociología de este autor en general se apoye en esta mirada excluyente existe un salto notable. Ramos parece atreverse a darlo.

¿Cabe calificar la obra de Durkheim como sociología patriarcal o como sociología pequeñoburguesa? Participa de ambos calificativos y, en todo caso, la cuestión se encontraría en cuál de ellos tiene la preferencia. Aquí, Ramos da un mayor peso al carácter patriarcal, pudiéndose encontrar en ello explicaciones circunstanciales, como que uno de los artículos recogidos tiene su origen en una contribución a una obra destinada a enfocar el papel del género en la construcción de la teoría sociológica. Se apunta la importancia que tiene el origen de clase de Durkheim, especialmente cuando éste

hace aparecer el tono moral, cuando se niega a ver las flores del mal, siguiendo la condensada expresión tomada de Luhmann (p. 259). Pero, sobre todo y de manera explícita, cuando se radica la obra de Durkheim en la crisis del ideario de 1789 (p. 58), con el trascendente fin de concretarlo. Ahora bien, lo que es patente en *El Socialismo*⁶, también se encuentra en obras conceptualmente más alejadas del compromiso político inmediato, como, por ejemplo, *El Suicidio* y *Las Formas*.

El trabajo dedicado al análisis de la estructura teórica de *El Suicidio* no es sólo uno de los más recientes. También es de los más abiertos a aportaciones futuras, precisamente por el cierre a que se ve sometida la propuesta analítica de esta obra en algunas notas a pie de página⁷. Tal vez podría haberse aprovechado la ocasión de esta publicación para desarrollarlas, pues son de especial interés.

La obra jerarquiza implícitamente la producción de Durkheim. En el centro, *Las Formas*. Después, *El Suicidio*. En lugares periféricos, *El Socialismo*, *La División del Trabajo Social*, *Las Reglas del Método Sociológico* y los trabajos en el *Année*. Seguramente, pocos pondrían pegas a tal jerarquización. Pero, como el propio Ramos muestra, pueden encontrarse piezas de valor y, sobre todo, ámbitos en los

⁶ «La posición de Durkheim en relación al socialismo y la política republicana en general es signo más que evidente de su explícita asunción del papel de intelectual orgánico de la pequeña burguesía progresista de la época» (p. 81).

⁷ Especialmente las notas 16, 17 y 28, dedicada al *homo duplex* durkheimiano, de la parte IV.

que seguir profundizando, tanto en el centro como en la periferia.

El Durkheim de Ramón Ramos concreta los defectos de un estilo intelectual, enmarcado en una época. Ello explica las limitaciones de la obra de Durkheim, las razones por las que no pudo ver: el reduccionismo, las estrictas ecuaciones conceptuales que dejan poco espacio para la complejidad, la obsesión por la institucionalización de la disciplina, una lógica de trabajo polemista (ir en contra) y demostrativa, deformando, si fuera necesario, la evidencia empírica, algo que no deja de sorprender en quien pasa por ser el fundador de la sociología empírica: «*lo significativo aquí es que la evidencia empírica resulte retocada para lograr que cumpla la función que inicialmente tiene asignada, es decir, la pura corroboración de una teoría anterior ya perfilada y que ha surgido de problemas y exigencias ajenas y previas*» (p. 199). Actuación que, viniendo de quien viene, reaviva la reflexión sobre el papel de lo empírico en la investigación sociológica. Desde la exposición de las limitaciones de Durkheim, la principal cualidad del texto de Ramos es la incitación a seguir la pista por las múltiples cuestiones que dejó abiertas el francés o de algunos de sus seguidores más inmediatos, como Marcel Mauss.

Ramón Ramos ofrece claves imprescindibles para la explicación de la fortaleza del laberinto teórico que, para la sociología contemporánea, sigue teniendo Durkheim. Acentúa con brillantez las limitaciones del autor; pero ¿dónde reposa su actual fuerza?, ¿cómo alguien tan condicionado por su época no puede conside-

rarse más que parcialmente superado?, ¿reposa su fortaleza en las propias limitaciones de la sociología, al no poder o saber superar las limitaciones de uno de sus padres fundadores? Sin embargo, la sociología de hoy parece distante de la que escribía Durkheim, vivida como religión, como misión religiosa. La sociología vuelve reiteradamente a Durkheim, aunque la viva de otra manera. No logra dejar la obra de este autor, como ocurre con tantas obras, en el cajón de las reliquias. La disciplina parece devolver así los esfuerzos de uno de sus fundadores: haciendo posible a quien la hizo posible.

La sociología de Émile Durkheim es una radiografía de la obra de Durkheim que nos indica que, a pesar de importantes achaques propios de los años, todavía tiene mucha cuerda. Incluso, en el final de la parte I puede verse un Durkheim de Tercera Vía, la propuesta de un socialismo moral, destinado a servir de contrapeso moral de los excesos del mercado capitalista, frente a un socialismo obrero. Paradójicamente, el texto más antiguo de Ramos puede convertirse en el más actual.

Leer a Durkheim genera hambre de hacer sociología. Tal vez se encuentre en este estilo militante una de las virtudes principales para su constante atractivo. Esta obra de Ramos detalla y da sentido, como hacen los envases actuales, al alimento durkheimiano. Nos da razón de la adictiva relación que tiene la sociología con Émile Durkheim. Merece la pena volver a leer los trabajos aquí recopilados.

Javier CALLEJO

RAFAEL LÓPEZ PINTOR
Votos contra balas
 (Barcelona, Planeta, 1999)

Con el final de la guerra fría, hace ya más de una década, se abrió un nuevo horizonte para la solución de numerosos conflictos bélicos que llevaban demasiado tiempo enquistados en el corazón de algunas de las sociedades más pobres del planeta. Las presiones de la comunidad internacional, o el propio convencimiento de las élites locales de la imposibilidad de una victoria duradera, han hecho posible, en muchas de estas sociedades, que la lógica implacable de la guerra diera paso a la dialéctica de los votos. Esa «epopeya de los votos y las balas» (según la expresión del propio autor) es el motivo de esta obra.

El análisis de las elecciones de reconciliación en el panorama de la posguerra fría resulta de gran interés. Su estudio ofrece un punto de vista comparado para analizar el comportamiento político y electoral en un contexto radicalmente distinto al de las sociedades industriales avanzadas, en donde ha sido estudiado tradicionalmente. En cierto sentido, las elecciones de reconciliación ofrecen un laboratorio para el estudio de muchas proposiciones de la Sociología y la Ciencia Política modernas, sobre la movilización del electorado, el comportamiento de las élites políticas, la orientación del voto o la maduración de los sistemas electorales.

Desde la perspectiva privilegiada del consultor internacional inserto en la tarea de organizar y preparar el terreno para la celebración de las elec-

ciones, el autor analiza la docena de procesos electorales en los que ha participado durante la última década en todo el mundo, y en los que ha ocupado distintas responsabilidades ejecutivas y de asesoría al servicio de las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales.

No obstante, la obra combina sabiamente el análisis sociológico y el ensayo político con otros enfoques poco habituales en la literatura académica, como el género viajero o el relato autobiográfico. A lo largo de toda la narración se entrecruzan las vivencias personales del autor, las impresiones de los lugares y sus gentes, los recuerdos de las escenas callejeras y las propias experiencias del autor en situaciones en las que la vida no se desarrollaba con las comodidades del estilo de vida occidental, como en los barracones de la misión de Naciones Unidas en Angola, y en donde la seguridad personal tampoco estaba garantizada para los miembros de las organizaciones de asistencia internacional.

Cada uno de los capítulos del libro está dedicado a un país concreto o a un grupo de ellos que forman un conjunto homogéneo desde el punto de vista político, de forma que los distintos capítulos pueden leerse de forma independiente, aunque todos tienen una estructura común. El contenido de cada capítulo, no obstante, no se limita a la exposición de los preparativos electorales, ni aun a la propia dinámica de la contienda elec-

toral. El autor proporciona un amplio bagaje informativo sobre la cultura, las costumbres, la economía, la estratificación social y la historia política de cada país, de forma que el entendimiento del contexto en el que tienen lugar las elecciones se hace accesible aun para el lector no familiarizado con la realidad política de lugares tan diversos.

En el primer capítulo se analizan los procesos electorales en tres países de Centroamérica: Nicaragua, Guatemala y El Salvador. Tres sociedades bastante diversas desde el punto de vista de su estructura social, composición étnica y desarrollo económico. Sin embargo, muy similares en cuanto al proceso político, marcado en la segunda mitad del siglo XX por la influencia decisiva de las superpotencias de la guerra fría. Durante los años noventa, los tres han recorrido procesos relativamente paralelos para la pacificación de la región.

En el segundo capítulo se abordan los sucesivos intentos de organizar un proceso electoral en Liberia, en el contexto de una cruenta guerra que había devastado el país casi por completo. En el tercer capítulo se estudia la organización de las elecciones en Lesotho, un Estado gobernado por una monarquía tradicional africana envuelta en importantes disputas políticas y una sociedad con unas tasas de violencia privada extraordinariamente elevadas en perspectiva comparada. El cuarto capítulo está dedicado a Angola y Mozambique, igualmente disímiles en lo económico como semejantes en lo político, con el trasfondo de un prolongado conflicto bélico, cuyos orígenes

arrancan de las respectivas guerras coloniales.

En el quinto capítulo se analiza Camboya, un país marcado por la inestabilidad política, que ha conocido, probablemente, el régimen comunista más represivo de la historia, que pudo llegar a exterminar a la décima parte de la población del país. El sexto capítulo tiene como objeto otro caso extremo de partido único: Albania, en donde la larga e inoperante experiencia de dictadura comunista había acabado con todo resto de economía productiva. En la última parte de este capítulo se narra la estancia del autor en la ex República soviética Azerbaiyán, un raro ejemplo en la experiencia comparada, en el que las elecciones de 1995 y 1998 fueron denunciadas como fraudulentas por las organizaciones internacionales que las supervisaban por invitación del propio gobierno.

En el séptimo capítulo se recoge el proceso para organizar unas elecciones municipales en 1996 en los territorios de la Autoridad Nacional Palestina, en el escenario de una situación política sumamente compleja por lo prolongado del conflicto, nunca cerrado definitivamente, entre israelíes y palestinos. La última parte del capítulo se dedica a las elecciones de 1997 en el Yemen, un país apenas conocido para nuestra cultura. Se trata de un fragmento especialmente llamativo, relatado en forma de cuento, desde la perspectiva de un joven yemení que participa como interventor en las elecciones.

El libro se cierra con un certero epílogo en el que el autor reflexiona acerca del buen gobierno y las impli-

caciones normativas de la democracia. Aquí se tratan las cuestiones fundamentales sobre la idoneidad de la democracia como forma de gobierno y su aplicación a realidades tan diversas de la nuestra; y sobre la pertinencia de las elecciones en escenarios de reconstrucción posbélica. El autor se posiciona abiertamente en contra del relativismo internacional, ingenuo o interesado, para subrayar el hecho de que el respeto por la dignidad humana suscita la adhesión espontánea en los contextos culturales más opuestos. Del mismo modo que resulta incuestionable que una autoridad que responda a la voluntad popular es la más idónea para afrontar la difícil tarea del proceso de reconstrucción nacional.

En la mayoría de las sociedades analizadas a lo largo de la obra, el escenario político previo al proceso electoral remite a un «estadio precontractual» de la sociedad, en el sentido de que todavía no se ha establecido un consenso sobre las normas mínimas de la convivencia ciudadana. Esto se refleja en la práctica ausencia de Estado, un fenómeno difícil de entender desde nuestra mentalidad occidental. La falta de administración y la impunidad suelen ser las notas dominantes en este panorama. De esta forma, únicamente, pueden tener lugar las altas tasas de violencia política y privada que se dan en este tipo de sociedades. Sólo la pervivencia de formas premodernas de autoridad, como el clan, permite la articulación, aun bastante imperfecta, de la comunidad.

La situación descrita por el autor en Liberia es un ejemplo suficiente-

mente ilustrativo de la magnitud que puede llegar a alcanzar la catástrofe de la destrucción bélica y moral. Después de una guerra sangrante, el conocido guerrero Taylor obtuvo una victoria arrolladora en las elecciones de 1997. Su eslogan de campaña rezaba así: «Puesto que he destruido el país, déseme una oportunidad para reconstruirlo». No menos impactantes eran las proclamas de muchos de sus seguidores: «Mató a mi padre, mató a mi padre, voy a votar por él». Aquí se perciben elementos de la dominación política que, para nuestra mentalidad occidental, están «sepultados tan hondo en la cultura que no resultan perceptibles ni se tiene conciencia de los mismos» (p. 134).

En otros casos, el vacío ético-normativo ha sido llenado por un Estado depredador, que esquilma a sus ciudadanos y aprovecha los recursos escasos de una economía de guerra para el beneficio suntuario de las élites. El despojo sistemático y la explotación del débil son una constante de la vida cotidiana en estas sociedades. Y las instituciones de gobierno están viciadas por la corrupción oligárquica o la ineficiencia crónica de las burocracias de partido único. El resultado también es la impunidad y la degradación moral de la sociedad que padece tamaños abusos.

La supervivencia básica en tales sociedades suele depender del pequeño intercambio en mercados irregularmente abastecidos y de la ayuda internacional. No obstante, existen situaciones más dramáticas aún, en las que la propia actividad irracional de los gobernantes ha acabado con los

restos de toda economía productiva y con el mercado como institución social de concurrencia pública, algo que no tiene que ver con la economía capitalista, sino con la actividad del intercambio espontáneo entre individuos y que es muy anterior al capitalismo. Éste ha sido el caso de la Albania poscomunista, en donde la población carecía absolutamente de todo en medio del abandono de cualquier actividad productiva.

En estas circunstancias, el éxito de los procesos de reconstrucción nacional depende de un gran número de circunstancias particulares. La crónica de las elecciones de reconciliación en el Tercer Mundo en la última década es una mezcla de éxitos y fracasos, aunque predominen los aciertos. El desarme efectivo de los contendientes, cuando las elecciones tienen lugar en un escenario posbélico, suele ser un indicio de pacificación definitiva. La presencia de las organizaciones internacionales, por su parte, contribuye a legitimar el resultado de las elecciones, cuya transparencia y limpieza han de juzgarse siempre con criterios restrictivos. En última instancia, no obstante, la llegada de la paz depende de los propios actores políticos implicados en el proceso.

En cualquier caso, de la experiencia acumulada en estas elecciones se extrae una conclusión esperanzadora. Y es que una vez que empiezan a ceder las barreras de la libertad, el empuje parece irresistible. La gente, aun en las situaciones de postración más absoluta, toma conciencia de que

las elecciones son una oportunidad de expresar su opinión y de hacer que el sistema político los tenga en cuenta por primera vez en sus vidas. Es esta conciencia de sentirse ciudadanos la que empuja a la participación en las elecciones, que suelen tener unos niveles de participación bastante elevados, aun en contextos en donde no se ha apagado completamente la violencia política.

Todas estas y otras cuestiones están tratadas de forma magistral a lo largo de la obra. En ella se combina el análisis riguroso de las elecciones de reconciliación nacional en varios lugares del mundo durante la última década con un erudito y ameno recorrido por una docena de culturas muy diversas entre sí. Por la forma y el estilo con que está escrita, resulta de interés tanto para el profesional de la investigación social como para el político, el diplomático o el público general interesado por las cuestiones de su tiempo.

En su vertiente de ensayo político, es un cántico de esperanza sobre las posibilidades de progreso de la democracia, aun en las condiciones más adversas. Y pone de manifiesto que, más allá de los prejuicios etnocéntricos, las fórmulas de convivencia basadas en el respeto a la condición humana y el gobierno representativo son perfectamente viables en pueblos con distinto bagaje cultural; y deseables en sí mismas, aunque sólo fuese por oposición al resto de las posibles.

Antonio M. JAIME CASTILLO

MANUEL ALCÁNTARA SÁEZ

Sistemas políticos de América Latina.**Vol. I: América del Sur. Vol. II: México, América Central y el Caribe**
(Madrid, Tecnos, 1999)

En los últimos veinte años, muchos países de América Latina han experimentado los períodos de mayor estabilidad política de su historia, lo que ha llevado a la rutinización de regímenes poliárquicos en los que predominan la competencia electoral y el respeto a ciertos derechos políticos y civiles esenciales. La mayor parte de los conflictos políticos se han ido procesando a través de las instituciones democráticas y de los arreglos institucionales, lo cual ha permitido a los diversos países de la región enfrentar y resolver las crisis en el marco del respeto a las reglas del sistema político. Se han superado, de este modo, décadas de inestabilidad política, sucesivos cambios de régimen, irrupciones de liderazgos mesiánicos y la violación sistemática de los derechos humanos por parte de las instituciones estatales. Los procesos de institucionalización de las prácticas poliárquicas han generado una gran homogeneidad entre los países, lo cual atestigua el éxito de la mayor parte de esos procesos de cambio político.

En el marco de la literatura politológica, diversos analistas han analizado las dificultades que los países de América Latina han tenido para establecer regímenes políticos democráticos estables, así como también muchos han sido los que han reflexionado acerca de la naturaleza de esas transformaciones y del sistema político resultante. Ejemplo de ello

ha sido el estudio inicial de Juan Linz, acerca de la quiebra de las democracias, así como el conjunto de trabajos que, aplicando su enfoque analítico, intentaron explicar las dificultades políticas de diversos países de la región.

También se han destacado las investigaciones coordinadas por los profesores Guillermo O'Donnell, Phillippe Schmitter y Laurence Whitehead, en el marco del Programa del *Woodrow Wilson Institute* de Washington (Estados Unidos), donde los procesos fueron analizados fundamentalmente desde las teorías del cambio político, profundizando en el estudio de un caso pero a partir de la utilización de una perspectiva comparada. A esta ola de trabajos sobre el cambio político, le siguieron los estudios de caso sobre el rendimiento de las instituciones democráticas y el comportamiento de los actores políticos y sociales que participan en cada sistema político en períodos específicos. Investigaciones sobre las formas de gobierno, los partidos políticos, los movimientos sociales, las Fuerzas Armadas, los sindicatos y los empresarios se han desarrollado en los últimos años en la literatura sobre América Latina, aunque la producción es dispar si se la analiza por países. Por lo general, México, Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica y Venezuela se encuentran entre los casos con mayor cantidad de investigaciones en ciencia política; mientras que otros países,

como por ejemplo Paraguay, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Guatemala y los del Caribe, son menos estudiados en comparación a los anteriores.

Más allá del significativo aporte para el avance de la discusión sobre los procesos de cambio de régimen político, no se ha realizado una obra que desde un marco analítico específico estudiara los procesos de cambio político, el rendimiento de sus instituciones y el comportamiento de los actores de los países en conjunto. Tomando en cuenta estos antecedentes, Manuel Alcántara Sáez, profesor de la Universidad de Salamanca, hace una década se propuso llenar un vacío en la literatura sobre el tema, realizando un estudio de conjunto de más de veinte países americanos empleando el análisis empírico-descriptivo, con una clara orientación narrativa, a partir del cual resultará factible conocer cómo han ocurrido las transformaciones políticas en las últimas décadas desde la perspectiva del neoinstitucionalismo sin dejar de considerar la relevancia de aspectos de naturaleza histórica, económica y social. El trabajo entonces ve ahora su continuación recogiendo el acontecer de la década de 1990 e incorporando nuevas herramientas para el análisis de la política.

El modelo analítico utilizado por el autor combina el estudio de caso con una estructura de naturaleza comparada apelando a una visión sistémica de la política. Cada capítulo, que se circunscribe al estudio de un país, se encuentra estructurado de manera homogénea. Este esquema actúa como un entramado desde el cual el lector se sumerge en cada sistema

político a partir de la descripción de su desarrollo histórico-político, principalmente desde lo sucedido tras las transiciones a la democracia. Seguidamente, se analiza la evolución y dinámica del régimen político y el comportamiento de actores relevantes como los partidos políticos, los grupos de presión, las Fuerzas Armadas y las organizaciones populares. El texto también incluye el estudio de nuevos actores sociales que han irrumpido en los últimos años en la vida política latinoamericana. Así es que se describe la participación de los movimientos indígenas en países como Ecuador y Bolivia o las asociaciones de vecinos en Venezuela. Estos fenómenos han tenido un papel significativo en la dinámica de cada sistema político. Asimismo, de la mano del análisis histórico, el autor hace hincapié en la interacción de estos aspectos en los procesos de cambio político de los últimos años.

A diferencia de muchos de los trabajos realizados hasta el momento, el autor insiste en mantener los mismos interrogantes en todos los países estudiados a los efectos de conocer similares fenómenos en contextos diferenciados. En este escenario cabe destacar la hipótesis que presenta acerca de la importancia de un mejor funcionamiento y una mayor incidencia del Poder Legislativo en el proceso de toma de decisiones como un paso más hacia la mejora de la calidad de los regímenes poliárquicos de la región, toda vez que esos sistemas políticos aún deben enfrentarse a una serie de desafíos. América Latina enfrenta retos significativos similares a otras regiones del mundo, como la

crisis de los partidos políticos, la apatía de sus ciudadanos, las dificultades para construir consensos y mayorías gubernamentales y, también, cierta debilidad para desarrollar mecanismos de responsabilidad que permitan controlar a sus gobernantes.

Esto lleva a pensar que, a pesar del entramado poliárquico en el que se desarrolla la vida política de la región, todavía restan algunas asignaturas pendientes como la plena democratización de las instituciones políticas y una mayor eficacia de sus funciones. Así como los países alcanzaron una homogeneidad estructural en los regímenes políticos, también se enfrentan a dilemas y problemas de naturaleza similar; por tanto, estudios de este tipo contribuyen a esclarecer la realidad política latinoamericana y también a pensar soluciones de conjunto teniendo en cuenta las particularidades de cada sistema político.

La obra comprende dos volúmenes. El primero incluye el estudio de cinco países sudamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) y cinco andinos (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela). El segundo comprende el estudio de México, los seis países de América Central (Panamá, Costa Rica, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua) y el Caribe, que se encuentra desagregado en tres subdivisiones lingüísticas: la América hispánica (Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, a pesar de no ser un Estado soberano), la América anglófona (Guyana, Belice, Jamaica, Trinidad y Tobago y las pequeñas Antillas británicas) y la América francófona (Haití, Guadalupe y Martinica) y la América

neerlandófona (Surinam y las Antillas holandesas).

A diferencia de la primera edición de la obra, ésta cuenta con la presentación de indicadores sociales y económicos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y del Fondo Monetario Internacional y con datos de opinión pública facilitados por la Corporación Latinobarómetro, a fin de esbozar algunos rasgos de la cultura política de cada sistema político. Por otra parte, se incorporaron las modificaciones constitucionales habidas en la presente década en la mitad de los países abordados. El aporte realizado con los datos del Latinobarómetro valoriza aún más este trabajo puesto que permite comprender en mayor medida las semejanzas y diferencias de la cultura política latinoamericana, desde las percepciones de los ciudadanos hacia los procesos y los problemas políticos.

Tras la lectura de la obra, resulta factible identificar algunas pretensiones del autor. Por una parte, la obra busca convertirse en un manual universitario o texto de consulta obligada para aquellos que se acercan por primera vez a la realidad latinoamericana; por la otra, el marco analítico de carácter homogéneo permite a los que demandan una aproximación comparada en los estudios latinoamericanos dar los primeros pasos sin dificultades. Está dirigido tanto a estudiantes como a aquellos profesionales que centran su actividad en la acción exterior o en la comunicación social, interesados en el conocimiento de una realidad concreta.

El autor consigue llevar a cabo los objetivos propuestos, lo que es de

agradecer, en particular por la carencia de estudios que utilicen una estructura similar para comprender la realidad latinoamericana, sin perder los matices y particularidades existentes al interior de cada sistema político. Además, hace un aporte considerable en el estudio de los sistemas políticos caribeños toda vez que son países de los que normalmente no se encuentra bibliografía en español.

Más allá de los importantes aciertos de la obra, se echa en falta un mayor análisis de los indicadores sociales y económicos que el autor presenta en cada capítulo. Si bien se reconoce la naturaleza politológica de este trabajo, hubiera sido interesante una mayor interpretación de los fenómenos políticos apelando a enfoques socioestructurales, puesto que las deudas que muchos gobiernos de la región enfrentan con sus ciudadanos giran en torno de lo social y lo econó-

mico, en particular tras los procesos de ajuste estructural llevados a cabo en la mayor parte de los países.

En cualquier caso, de aquí en más resulta más sencilla la tarea para aquellos que buscan encontrar variables explicativas de las transformaciones políticas ocurridas en distintos países latinoamericanos, toda vez que la homogeneización de los datos políticos y sociales constituye un primer paso hacia la formulación de propuestas teóricas relevantes para comprender el accidentado desarrollo político de la región. Queda pendiente, como un desafío para el autor u otros investigadores latinoamericanistas, una obra de similares características pero de carácter empírico-explicativo presentando los factores causales de las problemáticas políticas a las que se enfrenta América Latina.

Flavia FREIDENBERG

ENRIQUE LARAÑA

La construcción de los movimientos sociales

(Barcelona, Alianza Editorial, 1999)

Enrique Laraña Rodríguez-Cabello, catedrático de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid (UCM), lleva más de veinte años dedicado al estudio e interpretación de los procesos de identidad por los cuales los individuos «confieren sentido a la acción», y pasan de la acción individual a la colectiva. Desde aproximaciones constructivistas, que implican una escrupulosa separación

entre el observador social y el fenómeno observado, recurre a una metodología (entrevistas en profundidad, análisis del discurso, etc.) que permite al autor investigar los movimientos sociales como objetos de estudio en sí mismos considerados.

Junto a Joseph Gusfield dirigió la edición del libro colectivo *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (CIS, Colección Acade-

mia, Madrid, 1994), que gozó de una importante acogida debido principalmente a dos factores: en primer lugar, a la oportunidad de su publicación en un momento en el que todavía existían —al menos en castellano— pocas publicaciones sobre el tema y, en segundo lugar, a la interesante y cuidada selección de autores que participan en él, como D. McAdam, R. Turner, B. Klandermans, R. Benford y D. Snow, J. McCarthy, y J. Álvarez Junco y el propio E. Laraña, entre otros. Obra que permite acceder a la realidad de los movimientos sociales desde distintas perspectivas teórico-metodológicas, que de un modo u otro acaban convergiendo. Laraña coincide así con otros autores en la necesidad paradigmática de hacer confluír las metodologías explicativas de la acción social en una teoría de mayor envergadura.

En los últimos años se ha producido un notable incremento del interés editorial hacia las nuevas formas de acción colectiva y, en especial, hacia el importante auge experimentado por los llamados movimientos sociales. Ello se evidencia en la reciente oleada de interesantes publicaciones que desde diversas perspectivas intentan dar explicación a este fenómeno sociopolítico contemporáneo. El libro aquí reseñado viene a enriquecer el esfuerzo de aproximación a los movimientos sociales realizado por obras como *Política, cultura y movimientos sociales* (J. Casquette, Bazeak, Bilbao, 1998), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural* (P. Ibarra/B. Tejerina, Trotta, Madrid, 1998), *Movimientos Sociales: Perspectivas comparadas* (D. McAdam/

J. D. McCarthy/M. N. Zald, Itsmo, Madrid, 1999), además de publicaciones de autores como S. Tarrow, R. Inglehart, etc., entre otros.

El interés central de la obra que aquí se presenta reside —a nuestro juicio— en que el autor profundiza y desarrolla un enfoque explicativo propio, entroncado netamente en el análisis cognitivo y/o construccionista (o análisis de marcos y la construcción de identidades colectivas). El autor parte de las teorías clásicas de los movimientos sociales o «teorías del comportamiento colectivo», tanto en sus variantes estructural-funcionalista (S. N. Smelser, T. Parsons) como en la interaccionista simbólica (R. Park, E. Gofmann, etc.), para más adelante inclinarse claramente en la segunda variante al interpretar los movimientos sociales como «instancias generadoras de marcos de referencia». Defiende la teoría pluralista del poder, y por tanto el modelo social de democracia pluralista, en donde los movimientos sociales tienen una importante capacidad de intervención en un sistema político más o menos abierto y flexible a las demandas. En otras palabras, la expresión del comportamiento colectivo está en la base del orden social.

Aparecen así ante el lector los movimientos sociales como sistemas o redes de individuos y organizaciones, creadores de narraciones y discursos, lo que los convierte a la vez en productores y producto de modernidad. Son, por tanto, elementos axiológicos de producción simbólica y generadores de cambios de valores y nuevas identidades culturales. El autor considera que el auge de los

movimientos sociales va en paralelo al proceso de modernización, en donde a la pérdida de confianza en la política por parte de la ciudadanía se añade la difusión de nuevos valores. En este contexto, los movimientos sociales se convierten, para sus seguidores, en agencias generadoras de ideas y sentido.

El estudio se centra sobre todo en los movimientos nacionalistas, en los movimientos estudiantiles (1986-87, 1993) y en las movilizaciones contra el terrorismo y por la paz (1997). Respecto a esta última, Laraña matiza la espontaneidad del llamado «espíritu de Ermua» al precisar que se estuvo gestando durante los diez años anteriores (principalmente por la organización Gesto por la Paz).

El presente libro aún en su hipótesis central una doble propuesta de actualización. Actualizar en el sentido de hacer actual, de poner al día tanto con respecto a las teorías clásicas sobre movimientos sociales como los enfoques actuales en este campo. Las primeras las enfoca positivamente en tanto que su revisión nos puede ayudar a acercarnos más adecuadamente al presente de los movimientos sociales. En cuanto a las corrientes más recientes, y desde una formulación crítica, pone en tela de juicio una forma de hacer teoría que no acoge en su planteamiento un conjunto de características necesarias para conocer exactamente cómo funcionan, qué motivan y cómo se forman los movimientos sociales contemporáneos. El elemento que utiliza Laraña para relacionar estos dos planteamientos es una concepción de lo clásico no en contraposición a lo moderno, sino como continuidad hasta el presente.

Este presente plantea a la idea de los movimientos sociales nuevos interrogantes que requieren nuevas perspectivas para su análisis.

Así, parece justificada la adopción por parte del autor de la propuesta de Alberto Melucci de una deconstrucción del concepto de movimiento social. Esta propuesta está fundamentada en la crítica de una visión tradicional de los movimientos sociales «fundada en una concepción historicista, lineal y objetivista de la acción colectiva y que los consideraba como un agente clave del cambio social a través de los conflictos que suscitaba» (p. 71). Esta conceptualización extrínseca del concepto tendría como consecuencia una concepción de los movimientos sociales como elementos «que permiten explicar la dirección del progreso y el sentido general de la historia, perdiendo de este modo contenido para los sociólogos» (p. 72). La deconstrucción de esta definición tendría así como finalidad desvelar los elementos que de esta concepción permanecen en las teorías vigentes en este campo. Concepciones como la de oportunidad política o movilización de recursos albergan en su seno la búsqueda de la causalidad entre los movimientos y los cambios estructurales que se producen en el contexto en que surgen aquéllos. Del mismo modo, esta concepción se presenta, según Melucci, como una reificación de los movimientos sociales, que los presenta como «*personnages* que se mueven en el escenario de la historia», que a su vez es movida por ellos mismos. Esta presentación de los movimientos sociales se fundaría en la idea de que los conceptos en socio-

logía obedecen a convencionalismos históricos marcados por el momento desde donde trabaja el sociólogo. La separación entre observador y fenómeno sería la base para una sociología de los movimientos sociales «que se aproximara a ellos como sistemas de acción y relaciones sociales por descubrir». Entroncado con esto, Melucci propone la revisión de los conceptos de movimiento social basados en dualismos como «crisis del sistema/frente de solidaridad entre los actores o estructura/motivación».

Este punto es de central importancia en el libro de Enrique Laraña, pues la propuesta que se plantea a continuación impregnará la concepción tanto práctica como teórica del autor. La consiguiente propuesta plantea como meta reconstruir el concepto de movimiento social elaborándolo sobre el enfoque interaccionista del comportamiento colectivo. Según Laraña, de la convergencia entre dichos enfoques y las concepciones constructivistas en sociología podemos reunir una serie de propuestas vitales para explicar adecuadamente los movimientos sociales, mostrando a la vez la trascendental aportación que el interaccionismo simbólico supone para este campo de la sociología: «1) La concepción del movimiento social como un proceso sujeto a continuos cambios y como un objeto de estudio en sí mismo, que no puede explicarse simplemente por las condiciones del contexto en que surge. 2) El énfasis en los procesos de definición colectiva de los problemas que motivan la participación en el movimiento. 3) La capacidad de los que siguen el enfoque clásico para

revisar sus supuestos y adaptarlos a la cambiante situación de estas formas de acción colectiva y para eludir la tendencia a calificar a los movimientos de racionales o irracionales en la que se ha centrado la crítica a este enfoque» (pp. 81-82).

Con respecto al componente constructivista del planteamiento reconstructor planteado por Laraña, las concepciones que más influyen a este autor son las presentadas por Snow y Benford y por Melucci. La teoría de marcos (*framing*) creada por los primeros presenta a los movimientos sociales como entidades o «agencias de identidad colectiva», mientras que la perspectiva de Melucci plantea los mismos fenómenos como «sistemas de acción y mensajes simbólicos». Es, como decíamos antes, la relación teórica entre estas dos concepciones y el interaccionismo la base teórica sobre la que se basa la reconstrucción de los movimientos sociales planteada por Laraña.

Otros dos elementos de especial interés en esta obra son el concepto de reflexividad de los movimientos sociales y la relación entre movimiento social y cambio social. El concepto de reflexividad hace referencia, siguiendo a A. Giddens y U. Beck, a un tipo de fenómenos y consecuencias no intencionadas del desarrollo que, en contra de la visión de la modernización como un proceso de conquista de la naturaleza y emancipación de la humanidad, plantea la modernización caracterizada por una sensación de incertidumbre y a una conciencia de las consecuencias perversas de la modernización. En este contexto, los «individuos reflexivos» intentarían responder

a estas incertidumbres. La capacidad reflexiva de los movimientos sociales correspondería, según Gusfield, a que éstos «son algo sobre lo que se refleja la sociedad y que impulsa la capacidad de ésta para reflexionar y ser consciente de lo que es». Según Laraña, «los movimientos actúan como un espejo en el que se mira la sociedad y la hace consciente de sus problemas y limitaciones».

La relación entre movimientos sociales y cambio social se plantea como central dentro de la concepción de movimientos sociales. La relativización del contenido de esta concepción determina el proceso de transformación que se establece desde una visión del cambio social finalista e historicista hacia otra basada en la concepción de los movimientos sociales como creadores de significado que, más que transformaciones, lo que crean son «focos de conflicto social y controversia pública». Esto entronca claramente con los conceptos de teoría hasta aquí señalados, con el concepto de reflexividad, y a la vez delimita la idea de movimiento social con respecto a otros fenómenos colectivos, pieza clave dentro de la deconstrucción y definición de Melucci.

El planteamiento teórico expresado hasta ahora es resuelto por Laraña con una definición basada en la propuesta por Melucci y que el autor del libro amplía con otras procedentes de los enfoques interaccionista clásico y constructivista. «El concepto de movimiento social se refiere a una forma de acción colectiva: 1) que apela a la solidaridad para promover o impedir cambios sociales; 2) cuya existencia es en sí misma una forma de percibir la

realidad, ya que vuelve controvertido un aspecto de ésta que antes era aceptado como normativo; 3) que implica una ruptura de los límites del sistema de normas y relaciones sociales en el que se desarrolla su acción; 4) que tiene capacidad para producir nuevas formas y legitimaciones en la sociedad» (pp. 126-127).

El siguiente paso comprende una aproximación descriptiva a aquellos elementos que se plantean como diferenciadores de los movimientos clásicos y aquellos que se han venido manifestando en los últimos treinta años y que pasarían a denominarse nuevos movimientos sociales. A la vez que descriptiva, esta aproximación es un intento de construir instrumentos teóricos para comprender los nuevos movimientos sociales. Así, un elemento primario para comprender estos nuevos movimientos sociales es que, como han planteado Laraña, Gusfield, Johnston y Melucci, se presentan difícilmente analizables desde la óptica de las teorías tradicionales que utilizaban como conceptos fundamentales la ideología, la estructura del movimiento o el concepto de clase social. Dicho planteamiento no plantea el auténtico sentido de estos movimientos, que presentan un «estatus social bastante difuso como la edad, el género, la orientación sexual o la pertenencia a un sector profesional cualificado». Identidad y cultura son, por lo tanto, elementos más interesantes para analizar, siempre bajo la perspectiva constructivista e interaccionista, la naturaleza de estos nuevos movimientos.

La búsqueda y reivindicación de la identidad está, lógicamente, relacio-

nada con los procesos de transformación propios de las sociedades modernas. Laraña salva de este modo una de las críticas clásicas hecha al interaccionismo simbólico, según la cual el interaccionismo no tiene suficientemente en cuenta la estructura social, «que es imprescindible para analizar la increíble densidad y complejidad de las relaciones que interconectan los episodios de la interacción» (E. A. Weinstein, J. Tanur, 1976). Laraña explica las transformaciones propias de estas sociedades en referencia a las ideas de Beck, Touraine y, especialmente, Melucci. Este último achaca esta búsqueda de identidad que promueve la participación en los nuevos movimientos sociales a que lo que las personas «reivindican de forma colectiva es el derecho a realizar su propia identidad: la posibilidad de disponer de su creatividad personal, su vida afectiva e interpersonal y su existencia biológica» que los mecanismos de control social han absorbido.

Hay que destacar sobremanera el esfuerzo de análisis comparativo llevado a cabo por Laraña entre el surgimiento y desarrollo de los movimientos estudiantiles estadounidenses del 68 (núcleo de su tesis doctoral en Berkeley, 1978) y los españoles de los años cincuenta y ochenta. Este análisis le sirve a Laraña para rastrear los orígenes y el proceso de continuidad de los nuevos movimientos sociales anteriormente señalados. (Ver capítulo 3, que también se ocupa del espíritu de Ermua.) Esta aproximación tiene, del mismo modo, una enorme coherencia interna con las características distintivas de los nuevos movimientos sociales, al mismo tiempo

que justifica la reconstrucción del concepto de movimiento social hacia el concepto de nuevo movimiento social o «movimientos de identidad», según la denominación acuñada por Gusfield. El autor ve en estos movimientos el germen de los movimientos sociales dado que en ellos se detectan por primera vez los elementos que anteriormente se han apuntado, además del hecho de que éstos modifican el modo de aproximarse a ellos, que Laraña ha denominado efecto epistemológico. Éste «ha producido una modificación de los límites establecidos entre áreas de especialización y ha roto el monopolio que tenía que tenía la sociología política en la interpretación de los movimientos sociales» (p. 130).

Laraña presenta en el capítulo 5 una confrontación de interpretaciones entre su propio modelo de desarrollo en el tiempo de los nuevos movimientos sociales y el concepto de ciclos de protesta planteado por Tarrow. En éstos, aquél detecta inconsistencias dada la permanencia a través del tiempo de marcos de significado gestados en procesos de interacción y que adoptan posteriores movimientos.

En la tercera y última parte del libro, Laraña sostiene una idea interesante no sólo para comprender el papel y definición de los movimientos sociales en España, sino para comprender globalmente el proceso de transición hacia la democracia en este país. Dicha idea podría sintetizarse de la siguiente forma: en la asunción por parte de todos los actores sociales opositores al régimen de un marco unitario politicista que tenía como núcleo la democratización

del país, un «supuesto central consistía en asignar a la clase trabajadora el papel de vanguardia de los movimientos contra la dictadura... ello significaba que el partido comunista asumía el papel de vanguardia de los movimientos». Es decir, los movimientos sociales pasan a ser actores secundarios que juegan su papel en el ámbito de la no-política o la subpolítica y donde los partidos políticos son los sujetos que racionalizan su actuación.

Por otra parte, Laraña encuentra en el análisis del surgimiento de los movimientos sociales en España un elemento que apoya su tesis sobre las dificultades explicativas de la teoría centrada en las oportunidades políticas, ya que este proceso de surgimiento tiene lugar en un contexto en el que las oportunidades dadas por el régimen franquista eran mínimas, pero que, pese a ello, se gestó un marco unitario de oposición (*master frame*) entre los movimientos sociales.

Por último, señalar algo sobre los dos últimos capítulos del libro. En éstos se analizan los movimientos

nacionalistas en España y se sugieren objeciones basadas generalmente en los principios teóricos planteados en este libro y en datos cuantitativos que contrastan con difundidas teorías sobre la ideología y el conflicto social, como son el fin de la historia de Fukuyama, la teoría de la vanguardia intelectual o el nuevo contrato social.

En este fin de milenio y ya concluido «el siglo más feroz de toda la historia», en «un mundo de movilización global» (C. Moya), definido entre otras características por las aceleradas mutaciones que se producen en el proceso de tensión entre la tradición y el progreso, la lectura del libro ayuda a entender un fenómeno «movimentista» que vertebra un tejido asociativo, cada vez más dinámico y plural (mecanismo de innovación), protagonizado por actores colectivos que se debaten entre el conflicto y la cooperación, entre la radicalización y al mismo tiempo su progresiva institucionalización.

Ramón ADELL ARGILÉS

José Manuel ROBLES MORALES

Sobre la condición civil y el liberalismo: por un reformismo cívico

JOSÉ MARÍA ROSALES

Política cívica. La experiencia de la ciudadanía en la democracia liberal

(Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998)

El nuevo libro de José María Rosales se ocupa de la dimensión cívica de la política, con objeto de examinar sus posibilidades en el contexto de nuestras democracias liberales. Porque si la expresión «política cívica»

constituye una redundancia en sentido etimológico, como nos recuerda el autor, no carece de relevancia normativa en lo que respecta a los actuales debates sobre la democracia, especialmente si consideramos el funciona-

miento efectivo de las instituciones representativas, que relegan o dejan poco lugar a la participación de los ciudadanos en el proceso político. El libro está escrito con la convicción de que es necesario recuperar o revitalizar la experiencia cívica de la política y llamar la atención sobre sus condiciones normativas, con el propósito crítico de desmontar la identificación de la democracia con la política al uso y evitar así tanto el efecto legitimador del término democracia como su preocupante anemia, no sólo en el lenguaje ordinario, sino también en la teoría política. Pero el autor advierte también que la crítica no debe ser una vía de escape de la realidad, en este caso la democracia liberal, sino que supone una exploración de las oportunidades de cambio y la búsqueda de razones en favor de una reforma que permita abrir espacios y fórmulas de participación en sociedades complejas como las nuestras.

La interpretación de la política democrática en términos de política cívica que nos propone José María Rosales tiene una indudable inspiración en la tradición republicana, y viene respaldada por una labor hermenéutica en torno a los significados cambiantes de la política. El núcleo de su propuesta hace hincapié en la vieja idea de política como actividad deliberativa de los ciudadanos acerca de sus asuntos comunes y pone en cuestión la asimilación moderna de política y gobierno, entendido éste como el ejercicio del poder asignado a una autoridad pública. Sin embargo, *Política cívica* no se deja llevar por ninguna clase de nostalgia por la política perdida e idealización de experiencias

pasadas, ni su labor de interpretación tiene un sentido puramente arqueológico. Por el contrario, se trata de una necesaria clarificación de nuestro vocabulario político con la pretensión de ganar distancia crítica con respecto a los usos vigentes y ampliar el espacio de discusión. Esto se advierte particularmente en el uso heurístico que el autor hace del pensamiento de Michael Oakeshott, seguramente una de las influencias mayores del libro, al tiempo que se distancia del sesgo conservador de sus interpretaciones. Pues la conservación de tales significados originarios sólo puede llevarse a cabo sin mediación alguna con la práctica, y José María Rosales mantiene la necesidad de reducir la distancia entre la teoría y la experiencia real de la ciudadanía, lo que pasa por entender que la política es un ámbito impuro y contingente, cuya complejidad no podemos desatender más que a nuestras expensas. De ahí la atención que el libro presta al desarrollo moderno de los sistemas de representación y a la mediación de actores colectivos en un entorno institucional y social considerablemente más complejo, que hace inviable la identificación antigua de política y gobierno. Pero su inquietud fundamental es poner de relieve los presupuestos normativos de la acción política, entre los que destaca la prioridad de la deliberación pública entre ciudadanos, no obstante su necesaria articulación y mediación con la negociación de intereses y la decisión, en tanto que referencia crítica inexcusable de las actividades gubernamentales y las políticas públicas.

El interés de *Política cívica* está en el modo como desarrolla esta convic-

ción republicana por medio de un argumento ambicioso, complejo y sinuoso en torno a la condición civil y el liberalismo. La clave de su argumentación está en su interpretación del liberalismo como legítimo heredero de los principios esenciales del republicanismo cívico, una tesis controvertida con la que suaviza los ásperos perfiles del contraste entre democracia y liberalismo. Pero esta operación implica dos pasos: por un lado, que el autor se decanta en favor de una forma de liberalismo, social y reformista, entre otras posibles; y, por otro, supone también una interpretación nada común del legado republicano. Si empezamos por este segundo punto, José María Rosales muestra en éste, como en su anterior libro*, una clara preferencia por el republicanismo romano, pues el desarrollo jurídico de la ciudadanía en Roma constituye, a su juicio, una experiencia ejemplar por su potencial universalista de expansión e inclusión, que rompe con el localismo de la democracia griega. Pero esto conlleva una concepción de la ciudadanía, en tanto que relación contractual jurídicamente establecida entre el individuo y la comunidad, que prima su condición de estatuto de derechos civiles sobre la participación activa en el gobierno de la comunidad. De ese modo, José María Rosales corrige la imagen habitual del republicanismo centrada en la libertad como participación, para integrarla en el contenido normativo más

amplio de la condición civil, basada en el gobierno de las leyes, el equilibrio de las libertades y el ejercicio igualitario de los derechos. Esta condición civil, a la que Oakeshott se refiere cuando habla de la *civitas* o de los términos de la asociación civil, representa para Rosales la herencia más preciada de la tradición republicana, cuya preservación o mejora representa la tarea civilizatoria por antonomasia, más aún si se toma conciencia de que sus logros son contingentes y siempre precarios.

Por eso, propone una interpretación del liberalismo «como una filosofía pública comprometida con el desarrollo, la mejora y la reforma de la condición civil». Aunque el autor niega en alguna ocasión que su propósito sea defender un tipo determinado de liberalismo (p. 227), me parece que eso es exactamente lo que hace. Pues su planteamiento no se contenta con declaraciones genéricas sobre el liberalismo como un programa político reformista encaminado al desarrollo de la condición civil, sino que ofrece una justificación de la extensión igualitaria y universalista de los derechos e implica una especial atención a las condiciones socioeconómicas que hacen posible su ejercicio efectivo. De esta forma perfila el contenido normativo de la ciudadanía, entendida como un contrato universalizable e igualitario, y entra a considerar sus consecuencias en diferentes debates actuales, como la discusión sobre la inmigración y los modelos de acceso a la ciudadanía (*ius sanguinis* o *ius soli*), o la provisión de servicios públicos por el Estado y sus políticas de redistribución. En lo

* J. M.^a ROSALES, *Patriotismo, nacionalismo y ciudadanía: en defensa de un cosmopolitismo cívico*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1997.

que respecta a esta última cuestión, José María Rosales quiere justificar un liberalismo social orientado a garantizar la igualdad de oportunidades, lo que significa una política activa en materia de derechos, inseparable, a su juicio, de la preocupación por el acceso equitativo a los recursos y servicios necesarios para el desarrollo de una vida digna de todos los ciudadanos. Quizá el punto más interesante de su argumentación está en la consideración de que el ejercicio de los derechos civiles o la capacitación cívica genera unos costes (y también unos beneficios) y supone una inversión de recursos que han de ser equitativamente sufragados por todos, de modo que la ciudadanía se configura como un sistema redistributivo de derechos, de bienes y servicios civiles, financiado vía impuestos. Cuando tantas veces se oyen para denunciar que las cargas fiscales que impone el Estado cercenan las libertades de los ciudadanos, José María Rosales presenta razones en sentido contrario para mostrar hasta qué punto los derechos dependen de los impuestos.

La propuesta liberal de José María Rosales se sitúa, por tanto, en la actual convergencia del liberalismo social y la socialdemocracia en torno a la democracia constitucional y la justificación del Estado del Bienestar, aunque sin ocultar las diferencias de énfasis entre ambas tradiciones e inclinándose ciertamente del lado del primero. Un espacio político reivindicado hoy por los pronunciamientos acerca de la Tercera Vía, pero que tiene antecedentes y mentores intelectuales de más fuste, como Ralf

Dahrendorf, cuyas ideas y estilo de pensamiento constituyen otra influencia decisiva en el libro. Así se advierte en la concepción del liberalismo como teoría y práctica de una política de reformas, cuya orientación viene determinada por la ampliación de las oportunidades de vida (*life chances*) de los ciudadanos y el reforzamiento del marco institucional de la sociedad civil. La referencia a Dahrendorf tiene sentido, además, por cuanto José María Rosales se muestra especialmente atento a las cambiantes condiciones sociales, económicas o políticas de los debates en torno a la ciudadanía y el liberalismo. Por ello, no parece entender el quehacer filosófico como una forma de ponerse a resguardo de las inclemencias de la actualidad, sino que, al contrario, adopta un enfoque claramente interdisciplinar, que no separa la argumentación normativa del análisis del contexto institucional y social, dentro del cual cobra relevancia. Así, su propuesta de reformismo cívico se abre camino por los vericuetos de las discusiones acerca de la globalización y el neoliberalismo, la crisis del Estado del Bienestar, las dificultades de los sistemas representativos y los nuevos retos del pluralismo.

Por este carácter interdisciplinar, capaz de conjugar diferentes perspectivas: la historia del pensamiento político, la ciencia política o el análisis conceptual, o por el amplio espectro de temas y discusiones que abarca, *Política cívica* constituye un empeño difícil y ambicioso, que el autor lleva a cabo con indiscutible solvencia. Es fácil advertir que es el resultado, muy

elaborado, de muchos años de trabajo y en el que el autor ha volcado buena parte de lo que sabe, y sabe bastante, sobre la teoría y la práctica democráticas. Resulta notable el equilibrio del conjunto, si tenemos en cuenta los diferentes registros de su argumentación o su amplitud temática, que se nota especialmente en los capítulos de carácter histórico, donde realiza interpretaciones minuciosas y matizadas de textos y autores (las traducciones medievales de la *Política* de Aristóteles, Hobbes, Maquiavelo, Locke, Rousseau o Constant), sin entorpecer el trazado de las grandes líneas de desarrollo histórico de la civilidad, que nos conduce de la teología política medieval al constitucionalismo liberal. Sin embargo, lo que se gana con una visión panorámica de los problemas puede echarse de menos, por otro lado, en el tratamiento analítico de ciertas cuestiones. Por ejemplo, dada la importancia que el autor concede a la igualdad de oportunidades, quizá hubiera sido necesario, o al menos me hubiera gustado encontrar, una discusión más precisa de esta

noción controvertida, que admite interpretaciones de signo muy distinto. De igual modo que también sería interesante una exposición más amplia de lo que el autor llama el «coste de oportunidad de la ciudadanía» o de sus beneficios. Esto es inevitable en una obra con las características de *Política cívica*, cuya variedad de enfoques y temas ofrece la posibilidad de diferentes lecturas, según los intereses del lector se inclinen hacia la historia o hacia los debates actuales. Y hay que reseñar muy especialmente el carácter abierto y ecuaníme de las razones que José María Rosales propone en torno a los significados de la política, la ciudadanía y el liberalismo, que evita cuidadosamente las rigideces doctrinarias, y constituye un excelente ejemplo del talento que debe presidir las discusiones sobre la condición civil, en las que nadie tiene la última palabra y todas las razones, vengan de donde vengan, deben ser igualmente atendidas y sometidas a escrutinio.

Manuel TOSCANO MÉNDEZ

ALBERTO MANGUEL
Una historia de la lectura
 (Madrid, Alianza Editorial, 1998)

Hay gentes que aman los libros. Son seres que gustan del silencio, del recogimiento y de la quietud. Algunos son curiosos y catan las novedades; otros, más escépticos y a veces de retorcido colmillo, sólo releen para

apurar su tiempo. Los hay que coleccionan libros, los que los dedican y aun quienes los escriben. Tales gentes pueblan sus casas a la medida de sus libros: «Me complace saber que estoy rodeado por algo que se asemeja a un

inventario de mi vida dándome indicios sobre mi futuro» (p. 271). Alberto Manguel, argentino que reside en Canadá, ha escrito un libro (de excelente traducción y edición en español) sin pretensiones académicas. Los escuetos datos de la solapa le describen como un escritor y traductor que tiene en su haber una *Guía de lugares imaginarios* y una novela. No pertenece, pues, a la grey universitaria, erudita y pretendidamente rigurosa, sino al vasto territorio del ensayo al que es difícil pedir cuentas. Este libro se sitúa en un interregno insólito.

El uso del artículo indefinido para su *Historia de la lectura* es un recurso que apela a la falsa modestia. Manguel traza una «historia ecléctica» cuyo portador es el individuo y no «las nacionalidades ni las generaciones cuyas elecciones no pertenecen a la historia de la lectura sino de la estadística» (p. 345). Así se ventila la añeja cuestión del objeto, la adscripción metodológica a una historia particular (social, de las mentalidades, etc.) y, de paso, la precisión teórica que el asunto merece. Puesto que «la cronología de la lectura no puede ser la de una historia política» (¿a cuál se referirá?), Manguel se niega a seguir un orden convencional (p. 39) y se lanza a la aventura. Dice que va a pasar de su historia como lector a la historia del leer, pero lo primero se reduce a unas notas biográficas inconexas. Lo mejor, su conocimiento de Borges cuando trabajaba en una librería de Buenos Aires y su experiencia como lector del escritor ciego.

«Algunos libros hay que saborearlos, otros hay que tragárselos y unos pocos hay que masticarlos y digerir-

los», sentenció Francis Bacon. Éste es de los primeros y, como los buenos vinos, merece beberse despacio, con tiempo y ganas, sin más objeto que el puro placer. La edición española tiene un papel suave que realza las numerosas ilustraciones que soportan el relato. Porque trama hay, pero no argumentación. La debilidad de esta deliciosa *Historia de la lectura* se revela cuando el autor esboza temas importantes (la relación entre la lectura y la construcción de la identidad moderna, la privatización del acto de leer, el desarrollo del antiintelectualismo) sin saber qué hacer con ellos. Más lecturas hubiera tenido que hacer Manguel, alguna hipótesis y menos comentarios a las preciosas ilustraciones y citas que pueblan su sugerente libro. Lo peor es cuando se aparta del pasado y se asoma al presente, para comparar la memoria personal (hoy tan en desuso debido a la labor de pedagogos, psicólogos y preclaros políticos) con el almacenamiento de datos informáticos; o cuando hace un símil fácil entre los estudiantes de la escolástica y la toma mecánica de apuntes de los alumnos de hoy. No hay por qué dar píldoras a los lectores de este libro, que no parece dirigirse a lectores fáciles, a juzgar por su extensión. Las cabriolas cronológicas, los capítulos sin tema, las concesiones a la actualidad y otros pecados capitales de este libro son, empero, el precio de querer tener todo tipo de compradores.

Pero, a pesar de sus debilidades, este libro es muy recomendable. Evoca voces excelsas que supieron dar en el corazón de la lectura («No se puede leer con dos luces al mismo

tiempo, la luz del día y la del libro. Hay que leer con luz eléctrica, la habitación a oscuras, sólo la página iluminada», decía la Duras), de la posesión («En el momento en que abra las ventanas para ventilar, deje los libros u otras cosas sobre el asiento junto a la ventana, para que también se aireen», ordena Swift a sus sirvientes), de la creación («Los libros verdaderos no deben nacer de días luminosos y conversaciones amistosas, sino de la melancolía y del silencio», sentencia Proust). De la mano de multitud de citas el lector reencuentra a los miembros de esa familia muy poco numerosa que adora la lectura y que se reconoce cuando habla de un vicio cada vez más solitario en estos tiempos del *homo videns* y de creciente analfabetismo literario.

Manguel recorre —eso sí, a saltos— las primeras bibliotecas (Babilonia, Alejandría, Constantinopla), donde el ruido de los rollos debía organizar enorme estruendo. Explica las formas del libro: la tablilla mesopotámica de escritura cuneiforme; el frágil papiro; el códice —fajo de páginas encuadernadas—, que confiere al cuaderno una nueva sensación de totalidad y que se atribuye a Julio César; el pergamino, antecedente del papel, que aparece en el siglo XII. Cuenta cómo del texto leído a otro (los clásicos creían que la palabra dicha en voz alta tiene alas, frente a la palabra escrita, inmóvil y muerta) se pasa al texto que penetra

el lector silencioso y concentrado. Cómo éste se lleva el libro, una vez su tamaño se individualiza, al *cubiculum* romano, a la cama, a la habitación propia. Se cuenta en esta peculiar historia el valor de la lectura en voz alta: la del autor para que su texto le revele sus luces y sus sombras, para emocionar al público lector (Dickens era maestro en tal rito) o para promocionar el libro (desde las lecturas que narra Plinio, que duraban hasta cuatro días, hasta la actual lectura anglosajona de una novedad editorial). La lectura pública preserva al escritor, tanto material (se le paga por leer su obra) como simbólicamente: el autor-lector hace lectores-escritores, dice Manguel con demasiado optimismo. (¿Será éste el que le hace señalar la fundación de los Penguin en 1935 —precisamente su editora en la edición de bolsillo de esta *Historia*— como un hito en la democratización de la lectura?) Ni la obsesión informática ni el reino del *best-seller* —extrañamente ausente en este ensayo— parecen amenazar el futuro del libro, según el autor.

Mejor que hacer prospecciones, ensoñemos con el pasado. Y disfrutemos conversando, aunque sea por teléfono o por vía electrónica, con nuestros pares en la lectura. Esos que tienen en los clásicos y en los contemporáneos de fuste una compañía que nunca defrauda, la manía de la imaginación y el pensamiento.

Helena BÉJAR

EDUARDO BERICAT

**La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo
en la investigación social**
(Barcelona, Ariel, 1998)

Estamos de enhorabuena. El profesor Bericat ha escrito un excelente libro que si antes de su aparición era muy necesario, ahora que está escrito resulta de imprescindible lectura, además de un excelente texto para la docencia, pues conjuga un admirable rigor expositivo y de contenidos con un enorme potencial didáctico.

La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la investigación social está dividido en dos partes diferenciadas y complementarias. La primera de ellas desarrolla «el discurso de la integración», y la segunda, «la práctica de la integración». Aunque ambas partes son necesarias, resulta excepcional la segunda, pues con un marcado carácter de utilidad introduce numerosos ejemplos reales, así como una guía de posibilidades abiertas a nuevos diseños de investigación que sirven de perfecto corolario al conjunto de la obra.

El autor comienza el libro presentando una descripción bastante ajustada de la confrontación entre metodologías cualitativas y cuantitativas, que denomina metafóricamente las «dos pirámides» de la investigación social. La lógica que ha movido esa dicotomía hasta tiempo reciente ha sido mayoritariamente la de la distinción (manteniendo la supremacía jerárquica de una metodología sobre la otra), si bien la alternativa de la convivencia, con mayor o menor grado de compromiso, se presenta como la tendencia actual más acerta-

da. Esas pirámides son caracterizadas por el profesor Bericat como de bases sólidas, como equiparables, distantes —sobre todo en sus cúspides, que significarían las metateorías que las informan—, enfrentadas y, hasta cierto punto, dándose la espalda; sobre ellas volveremos.

A continuación realiza una clara apuesta por las posibilidades de la integración metodológica para el diseño de la investigación social, presentando un modelo que recoge tres subtipos o estrategias de integración multimétodo, tomado de D. Morgan y que posteriormente desarrollará con numerosos ejemplos: la complementación, la triangulación y la combinación. Las tres posibilidades son consideradas legítimas como integradoras de las dos metodologías, siendo en alguna medida el distinto grado de compromiso lo que las distinguiría.

Pero, antes de abordar en profundidad las posibilidades estratégicas y de uso de la integración, el autor ve necesario realizar una tarea de deconstrucción teórica del par cuantitativo/cualitativo, para asentar las bases del lugar preciso que ocupa —o debería ocupar— la metodología dentro de la sociología. Así, en el capítulo tercero reformula las dicotomías clásicas reduciéndolas a seis dimensiones bipolares estrictamente metodológicas (o *puras*) que observa básicas y que son entendidas como un continuo más que como una oposición. De esta manera, se desarrolla

la dimensión temporal (sincronía-diacronía); la espacial o de acotación del objeto (extensión-intensión); el punto de vista del investigador (objetividad-subjetividad); la concepción de la naturaleza del objeto (análisis-síntesis); el camino hacia la teoría (deducción-inducción); y, por fin, la concepción sobre la influencia del investigador en el objeto (reactividad-neutralidad). La acertada postura del profesor Bericat señala que en una investigación es difícil coincidir en el mismo extremo polar en cada uno de los aspectos que estarían comprendidos en las seis dimensiones. En cualquier caso, tratándose de gradientes y tomando como referencia esas dimensiones, las posturas metodológicas serían literalmente infinitas, con el enriquecimiento que supone con respecto a la tradicional oposición *o cuantitativo o cualitativo*.

Esta concepción dimensional, como se observa, abre las puertas a múltiples posibilidades de integración. Ellas se desarrollan en los capítulos cinco y seis (la segunda parte aludida) y sólo su lectura da cuenta de su valor. Baste señalar que se introducen casi una treintena de ejemplos tomados de investigaciones reales que ilustran los distintos usos posibles.

Pero, como escribió el poeta, *la palabra no debe ser sin pecado un adorno*, y quisiera introducir para finalizar dos consideraciones personales que no invalidan en absoluto la excelencia del trabajo objeto de recensión, ni mucho menos pretenden enmendarlo.

En primer lugar, creo que es legítimo señalar —y hacerlo es cumplir una deuda no sólo con la historia de

la sociología, y de la metodología en ella contenida, sino también con el momento actual— que no hay nada, nada, en el panorama presente o pasado de la investigación/reflexión sociológica que nos autorice a referirnos, ni siquiera metafóricamente, a «dos grandes y sólidas pirámides» de comparable tamaño y equivalente consideración si con ello pretendemos aludir a las tradiciones cuantitativa y cualitativa en la investigación social. Goliat y David, un transatlántico y una balsa, o una pirámide grande y robusta frente a un montículo de arena, manteniendo el orden de los términos, son símiles mucho más realistas de lo que se evoca que dos pirámides comparables en tamaño. ¿Distantes? Desde luego. ¿Ricas en sus respectivas tradiciones? También. ¿Ambas muy antiguas? Así es. ¿Que pueden y en ocasiones *deben* integrarse? Sin lugar a dudas. Pero ¿comparables en tamaño —número de representaciones y representantes— o en robustez —reconocimiento relativo—? Tajantemente no. No quiero insistir demasiado, ni estoy seguro de si en cualquier caso la existencia de esas dos pirámides equiparables hubiera sido deseable, ni siquiera si posible, pero desde luego ni ha sido ni es así, por mucho que la metodología cualitativa esté *de moda*. La evaluación personal de cada una de ellas, independientemente del tamaño y reconocimiento de los dos términos de la metáfora, no es objeto que pueda aquí introducirse, pero es de justicia señalar a quien se adentre en el lúcido camino de la integración que las dos metodologías tradicionales que está integrando no son con-

sensuadamente vistas como dos pirámides equiparables. Se asume, por tanto, un riesgo que no conviene ocultar.

Una segunda y última consideración, más para la audiencia que para la obra. Aunque el profesor Bericat en ningún momento sugiere que su, como he afirmado, brillante y necesaria propuesta integradora invalide o haga ya inservibles las metodologías de investigación digamos «puras», no quisiera dejar pasar la oportunidad de señalar que la opción «multimétodo» viene a enriquecer

—y mucho— las posibilidades de investigación social, no a suplantarse a las ya existentes cuando éstas son fértiles en sí mismas. Como sea que las «terceras vías» también están *de moda*, no vayamos a confundir la inteligente y fundada propuesta que *La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la investigación social* contiene con la adhesión «políticamente correcta» al también político «centro» que hoy tanto se pretende representar.

Juan ZARCO

OCTAVIO UÑA, JOSÉ MARÍA BLEDA y FELIPE CENTELLES

La mujer en Castilla-La Mancha, un estudio sociológico

(Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999)

La virtud que pueden tener los estudios sociológicos sobre segmentos de la estructura social, y muy en especial los focalizados en la edad o el género, por ejemplo, es que facilitan la penetración del análisis dentro de la organización social por medio de un corte adecuado en la pirámide poblacional —que en parte es también la de la estratificación social—, articulado generalmente con determinadas áreas estratégicas de actividad humana.

Sin embargo, la observación sistemática de la estructura social no suele ofrecer indicios al investigador de los objetivos del proceso si aquél no destaca un marco de referencia que, desde luego, tiene que fundamentarse en sistemas de valores de la moderni-

dad, ya que éstos según la dinámica e intensidad de su cambio reflejan la transformación social.

Y es lógico suponer que el cambio de situación de la mujer en determinado espacio geográfico y sociopolítico puede ser uno de los principales elementos de diagnóstico de las profundas transformaciones que nuestra época soporta —y proyecta— al fin del milenio.

El estudio sociológico que reseño se fundamenta en los supuestos anteriores, ya que partiendo de una serie analítica de datos variados: sobre todo sociodemográficos, de empleo y desempleo, de salud, educación y política, intenta profundizar en los posibles efectos del cambio inducido tanto por las políticas autonómicas de

los últimos veinte años como por la propia evolución dinámica de la región dentro de España y de la Unión Europea¹.

Este equipo de sociólogos lleva trabajando varios años en el análisis de la estructura social regional², y este libro valida el diagnóstico realizado anteriormente respecto de que toda Castilla-La Mancha ha progresado tanto en aspectos socioeconómicos como sociales, sobre todo porque se ha potenciado la estructura agraria, comercial, industrial, de servicios e incluso turística, y se ha ido implantando progresivamente un conjunto de servicios sociales indispensables en una sociedad moderna.

Aunque se trata del estudio típico basado en fuentes estadísticas y cuyos resultados suelen abocar a una especie de «radiografía social», algunas de las conclusiones parciales, cuando se ponen en interrelación y sobre todo cuando se aportan datos complementarios de evolución regional, ofrecen una percepción bastante satisfactoria de las expectativas de las mujeres, situadas hace unos lustros en una marcada posición desventajosa a diversos niveles y en diferentes áreas en comparación con otras regiones españolas más modernizadas.

Los autores han conseguido también intercalar datos sociológicos sobre la mujer en conexión con datos globales de la sociedad castellano-

manchega, por lo que el estudio permite también obtener una representación bastante aproximada de la situación social de la región considerada con sus peculiaridades sociodemográficas y sus recursos humanos y económicos.

El análisis comparativo realizado se ha concentrado en buena medida en los aspectos más sociales de la estructura, como son las migraciones y el desempleo, la mejora de los niveles de vida y el envejecimiento, así como la educación, los hábitos de vida, la salud y la enfermedad, ofreciendo numerosos datos que en conjunto reflejan la situación ciertamente desventajosa de la región en el concierto de las Comunidades Autónomas. Sin embargo, se ha puesto mucho énfasis acerca de las actuaciones realizadas en el ámbito de los servicios sociales y del asesoramiento jurídico, campañas de sensibilización contra los malos tratos a mujeres y, sobre todo, creación de infraestructuras de formación, tiempo libre, salud, etc., evidenciando la existencia de una sensibilidad política muy favorable hacia la eliminación de las desigualdades, y la promoción ascendente de los grupos sociales más desfavorecidos.

Parece que el inicio del interés político por la situación, no sólo económica (empleo, por ejemplo) sino sobre todo social, educativa y cultural, de la mujer tiene su origen en los primeros años ochenta, desde que se aprueba a nivel nacional la Ley del Divorcio (que permite legalizar muchas situaciones desventajosas *de facto* para muchas mujeres casadas) y desde que termina la transición a la democracia con el acceso al gobierno

¹ Aspecto político-social de gran interés recogido en el capítulo «Servicios Sociales y acciones específicas», pp. 95 a 154.

² O. UÑA y J. M. BLEDA, «Las fuerzas políticas y sociales», en VV.AA., *Castilla-La Mancha 1996*, Servicio de Estudios del BBV, Bilbao, 1997, pp. 71 a ...

nacional y a varios autonómicos del PSOE. Esta convergencia, por lo tanto, obliga a crear políticas en nuevos ámbitos y con objetivos muy precisos, incluso singulares.

El estudio destaca que en la actualidad las diferencias legales entre hombres y mujeres respecto de derechos y obligaciones familiares han sido en buena medida superadas, habiendo sido muy relevantes las actuaciones de los servicios sociales de asesoramiento jurídico, y la reivindicación del importante —incluso decisivo— papel de la mujer en la economía doméstica.

El cambio demográfico y migratorio interno de la comunidad ha conducido a una mayor concentración demográfica en núcleos urbanos y semiurbanos, donde, debido a las inversiones públicas tanto nacionales y autonómicas como locales y —sin duda— a una mayor participación tanto activa como pasiva de la mujer en campañas y actividades, han mejorado notablemente sus posibilidades de acceso al empleo, la participación social y política y el ocio. Además, se ha observado una mejoría en los hábitos de alimentación e higiene que ha permitido que se extienda en las familias —y de ello se beneficien las mujeres— una mejor calidad de vida cotidiana y una mayor esperanza de vida.

Un aspecto relevante del esfuerzo metodológico realizado por los autores se refiere a su consideración de que los datos sociológicos, si están minuciosamente recogidos y se presentan bien estructurados y son comprensivos, no sólo expresan partes o aspectos de la estructura, sino que sobre todo muestran las relaciones

que existen entre los diferentes problemas del grupo, como por ejemplo los sociodemográficos, con los de la salud y la enfermedad, así como los vínculos que estos últimos tienen tanto con la estructura de la pobreza y marginación como con los hábitos de vida en general y, sobre todo, con los de consumo.

Un interesante dato que ofrecen los autores indica que muchas mujeres de la región, sobre todo jóvenes, han ido adquiriendo en los últimos años hábitos muy altos de consumo de tabaco y alcohol, mientras que, en contraste, bastantes hombres en el mismo período los han ido reduciendo. Posiblemente, estas recientes prácticas —que sin duda producen daño a la salud— representan una de las servidumbres que hay que pagar por la modernización, y se debe en especial tanto a los mayores ingresos disponibles individualmente y en las familias como a la introducción de nuevas pautas de lo que se considera «nivel de vida» procedentes de otras sociedades occidentales, en especial de la norteamericana, y transmitidas por las películas y telefilmes, así como por la decisiva influencia de la publicidad y los hábitos de relación interpersonal entre pares: estudiantes, trabajadores, amas de casa, etc.

Complementariamente parece que mientras que las mujeres mantienen, a pesar de su cada vez mayor nivel de educación y cultura, un amplio sedentarismo y en su mayor parte prefieren las actividades de ocio en lugares cerrados tanto públicos como en el hogar y vecindad, los hombres, sobre todo los jóvenes y adultos, tienden cada vez más a insertarse en

la práctica de actividades tanto deportivas como físicas y que se realizan en espacios abiertos, como pasear, cazar, realizar excursiones, senderismo, etc.

Estas conclusiones indican la existencia de fuertes contradicciones en la estructura social castellano-manchega. Aunque las mujeres mejoran su situación jurídica, familiar y de consumo, y desde luego tienen un mayor acceso al bienestar, al mismo tiempo las nuevas prácticas de consumo, y a pesar de la mejora observada tanto en la atención sanitaria como en la dieta alimentaria, pronostican un deterioro a un plazo medio, y sobre todo largo, de la calidad de vida «real» de este subgrupo social, que sufrirá en el futuro las enfermedades típicas de la sociedad urbana moderna, como las cardiovasculares y el cáncer³.

Al haber resultado, dentro del proceso de modernización de la sociedad tradicional, un peso mayor de las zonas urbanas (donde se ha ido concentrando la población de la región) y al haberse urbanizado bastante el campo (sobre todo respecto de nuevas dotaciones educativas, de salud, de ocio, cultura y consumo), las mujeres no sólo se han beneficiado de una superior calidad de vida material, sino que además tienden a actuar como dinamizadoras de la vida local e integradoras de la familia a la sociedad y a la política,

sobre todo por su capacidad de decisión en el consumo y sus exigencias en mayores niveles de bienestar.

Desde el claroscuro sociológico que reflejan los datos sobre la estructura social, se observan también fenómenos sociodemográficos peculiares que, aunque no son exclusivos de la región, sí marcan rumbos que pueden afectar al futuro. Entre los más importantes destaca el envejecimiento de la población, que afecta bastante a la femenina debido a que las mujeres han tenido hasta la actualidad una mayor longevidad que los varones, y también por el descenso de la natalidad, observable con preocupación sólo desde el año 1994, seguramente por haberse integrado tardíamente la región a las modernas pautas de control de nacimientos y reproducción familiar mínima general de toda España.

Un aspecto singular que revela que la situación de la mujer en esta comunidad (como en otras) sigue siendo desfavorable, en comparación con la de los hombres, es el relativo al empleo y el desempleo. Los datos ofrecidos indican que el nivel de ocupación femenino en la comunidad ha aumentado algo en cifras absolutas, pero sigue siendo bajo en comparación con el aumento medio general. Además, los datos reflejan el escaso volumen de mujeres empleadas en los servicios, e incluso su descenso entre los años 1990 y 1995 en los sectores de la agricultura e industria, habiendo afectado en especial a las jóvenes.

Se destaca también como factor de desigualdad que el número de mujeres colocadas en puestos directivos de las empresas sea todavía en los años

³ Muchas de estas contradicciones entre lo negativo (dañino) y lo positivo (beneficioso) de nuestra integración a la modernidad han sido ya destacadas en recientes estudios sobre la sociedad española. Cfr. M. JUÁREZ y otros, *V Informe sociológico sobre la situación social en España (Síntesis)*, Fundación FOESSA-Documentación Social, 1995.

noventa tan escaso. Sin embargo, el volumen de mujeres empresarias ha aumentado, aunque debido a los programas específicos de creación y promoción de pequeñas empresas y cuya finalidad sería la de eliminar parte del desempleo femenino.

Se encuentran a faltar determinados aspectos sociológicos de interés que, sin duda, hubieran permitido captar con mayor nitidez aspectos profundos de la estructura social. Si el fundamento del análisis debe centrarse en la estratificación y movilidad social, así como en la medida de las desigualdades, el modelo elegido por los autores sólo nos puede ofrecer una visión parcial y ciertos atisbos de esta interesante problemática. Considero que hubiera sido muy interesante relacionar los modelos de desigualdad del campo y la ciudad, su contraste e incluso conflicto (por ejemplo, en el ámbito de los salarios o de la asistencia sanitaria especializada). No hay que olvidar tampoco que un análisis comparativo entre ocupaciones, profesiones y salarios, por una parte, y entre propiedad, uso de los medios de producción e ingresos, por la otra, hubiera podido ofrecer rastros acerca del sentido profundo de la lógica de las desigualdades y de los conflictos de clases y estratos en la región.

Finalmente, hay que poner de relieve que, en conjunto, esta investigación ha conseguido resultados interesantes e importantes tanto para un diagnóstico regional como para realizar más adelante estudios comparativos entre regiones. Entre los resultados destacan los siguientes:

— La situación de la mujer en Castilla-La Mancha en los últimos veinte años se ha beneficiado mucho de la política autonómica, sobre todo de la focalizada en el objetivo del bienestar social en diferentes áreas de la actividad humana como son: la vida cotidiana, la educación y cultura, la salud, la participación ciudadana, etc. Estas mejoras pueden vincularse con un proceso de «movilidad ascendente» de la mujer en la estructura social, que si bien no se expone analíticamente, sí se puede deducir de determinados resultados parciales.

— La política autonómica, en especial en los aspectos más importantes para el pueblo, se ha centrado en mantener y mejorar los diferentes niveles del Estado del Bienestar, buscando mejorar la posición de la mujer a niveles del empleo, la ocupación, la educación, el ocio y, naturalmente, también en el de la familia y la participación política.

Sin embargo, según distintos datos, estas políticas de bienestar no han sido capaces de eliminar las grandes desigualdades económicas estructurales de la región, y sobre todo las relativas a la propiedad, lo que revela que aunque, naturalmente, la mejoría en el bienestar social es un aspecto importante a tener en cuenta para cualquier evaluación de un cambio e incluso transformación positivos, no parece ser el decisivo para poder hablar de una transformación estructural total.

Miguel ROIZ